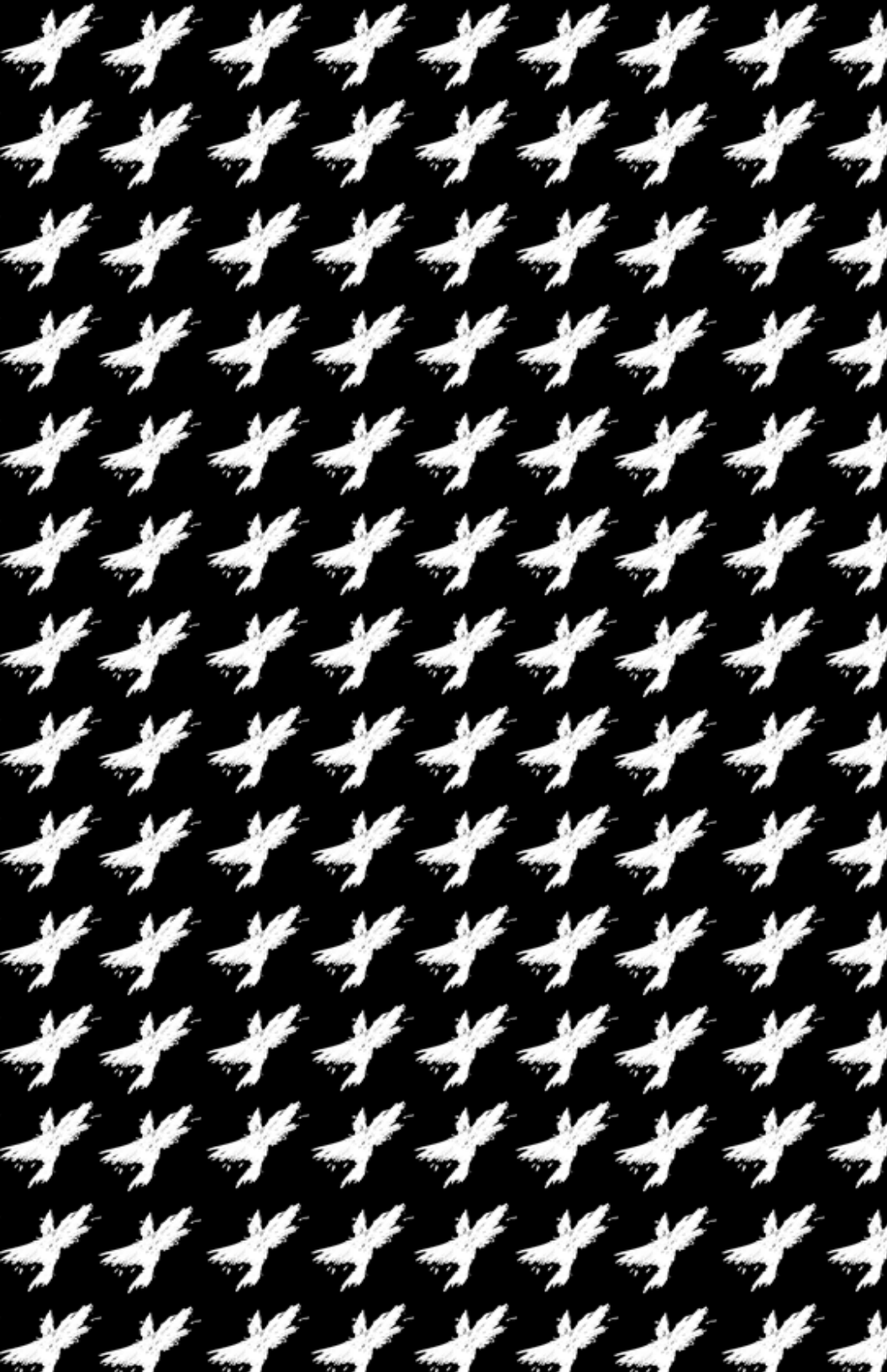
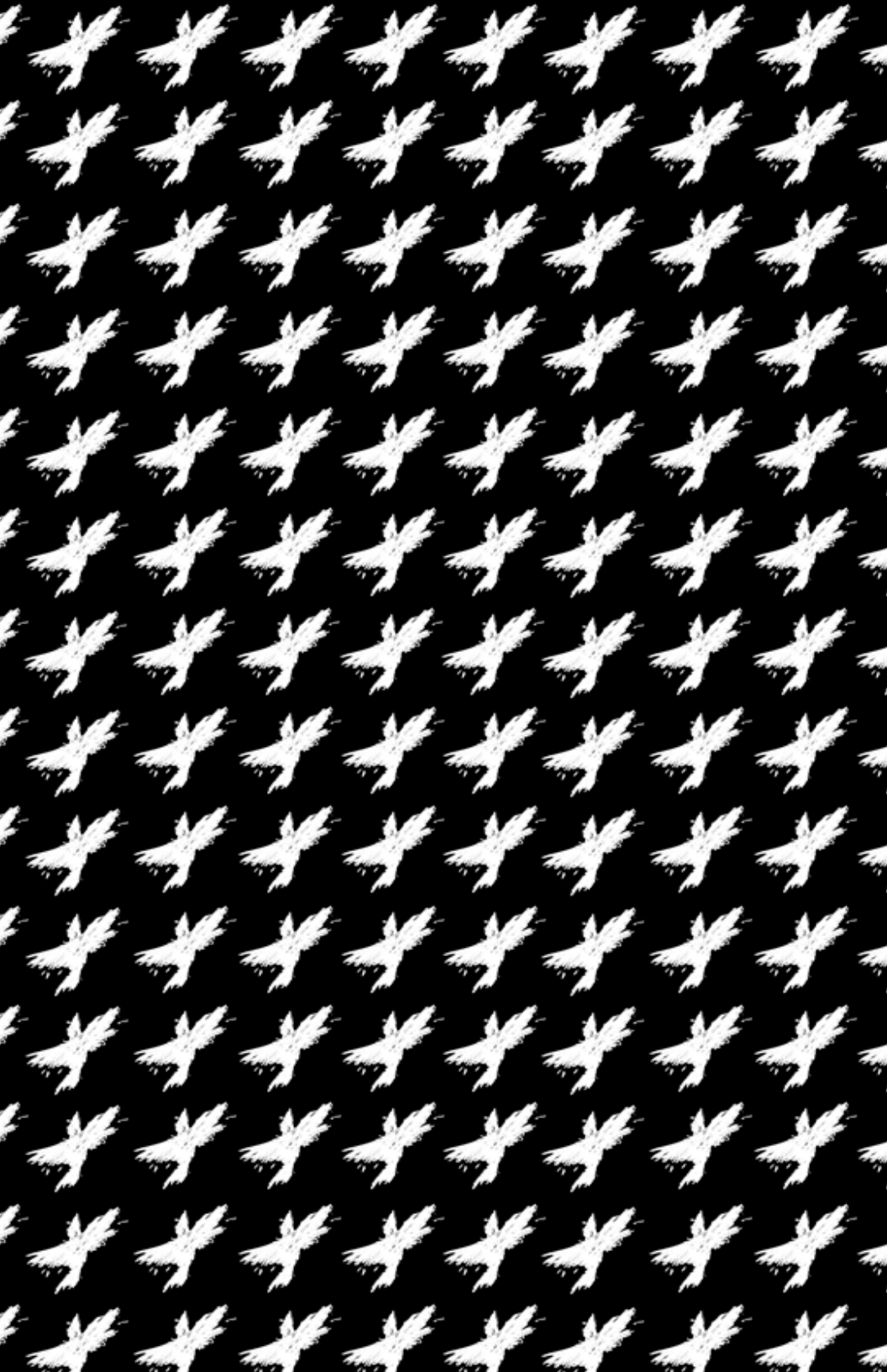






DAVID KOLKRABE

RÉQUIEM EN EX MAYOR



Alas de
Cuervo

Editorial Alas de Cuervo agradece su respaldo al comprar este libro original. Con su apoyo nos motiva a seguir trabajando para llevar más libros a nuestros lectores. Gracias por honrar a nuestros autores al no reproducir, escanear ni distribuir total o parcialmente y sin autorización previa de la editorial esta obra.

© 2025 *RÉQUIEM EN EX MAYOR*

© 2025 Grupo Editorial Letras Negras S.A.S.

Autor: David Kolkrabe

Diseño de cubierta e ilustraciones: Lady Carmona Uribe y Mariana Sánchez Navarro

Editora: Yurleny Torres Grisales

www.alasdecuervo.com

IG @alasdecuervo_terror y FB @alasdecuervoterror

1ra edición

ISBN: XXXXXXXX

**RÉQUIEM EN
EX MAYOR**

MAQUETADO

ÍNDICE

PRELUDIO	9
I.....	11
II.....	25
III.....	33
IV.....	45
V.....	53
DESARROLLO.....	57
I.....	59
II.....	65
III.....	71
IV.....	79
V.....	87
CODA.....	95
I.....	97
II.....	105

MAQUETADO

PRELUDIO

MAQUETADO

I

Luego de que dos, de los cuatro, integrantes de mi banda se fueran, conseguí un trabajo en la universidad. No pagaban bien. Creo que en general a los profesores universitarios no les pagan bien, pero podía seguir dedicándome a mi profesión. Me encargaron de la orquesta de la Universidad Nacional. De los diez alumnos, cómo no, ninguno era músico ni estudiaba Música —al final, la universidad se enfocaba en las ciencias exactas, no en las humanidades—. Así que pensé que el reto era doble: dar clase por primera vez y a jóvenes que apenas comenzaban en la materia.

Para mi fortuna, el profesor anterior era, según me dijeron, apasionado y riguroso, así que novatos, novatos, no eran. Leían partituras, interpretaban algunas piezas bellísimas e, incluso, y esto me sorprendió, dos chicas, una que tocaba el piano y la otra, la viola, formaban un pequeño coro cuando se necesitaba.

Recuerdo que el primer día, cuando los conocí, llegué a casa con una inmensa alegría y le hice el amor a Lorena como no se lo había hecho en años. Ella, cuando se recuperó, aún con la cara sonrojada y un leve temblor en las piernas, me preguntó qué me pasaba. En ese momento, no lo supe, le dije que había sido un buen día y que quería estar con ella, solo eso, pero, en realidad, estaba feliz.

Mi pequeña orquesta se desintegró, porque todos éramos músicos, teníamos visiones diferentes y cada uno halaba hacia sus intereses. Además, y esto me cuesta reconocerlo, los artistas tenemos mucho ego, demasiado, tanto que odiamos que nos corrijan. En la universidad me encontré con un panorama diferente: jóvenes sin pretensiones, prestos a aprender y sin refutar ninguna de mis afirmaciones. Al contrario,

preguntaban, creo yo, con un genuino interés por el conocimiento.

La universidad, como ya dije, se enfocaba en las ciencias exactas, así que no tenía muchos colegas profesores con los cuales relacionarme. Quiero decir, y esto me parece importante, me trataban bien, con cordialidad, me saludaban, uno de Administración, incluso, me invitó a tomar café varias veces, se preocupaba por mi vida, preguntaba por mi esposa —así la llamaba él, aunque no estuviéramos casados—, por cómo iban mis clases. Me trataban bien, digo, mas no tenía con quién discutir, hablar de las últimas tendencias musicales, al menos no en profundidad, o confrontar gustos o teorías.

Esa fue la razón por la que me volví tan cercano a mis estudiantes. Cristian se acercó una vez a mí, mientras tomaba café y leía un libro de cuentos, y me preguntó, respecto a algo que dije en clase, cómo hacer que una melodía tuviera más fraseo si solo tocaba las notas de las partituras. No recuerdo qué le respondí con detalle, en realidad no importa, pero tras mi respuesta siguió otra pregunta y otra, de modo que le propuse que se tomara un café. Estuvimos conversando por casi una hora, principalmente de música, aunque también me contó un poco de su vida.

Cristian estudió en un colegio católico de la ciudad, el LANS, que educaba principalmente para ingenierías. Él, sin ser católico ni gustarle las matemáticas, se graduó como pudo y pidió estudiar Música en la Universidad de Caldas. No lo dejaron, me contó, y entró a Ingeniería Civil. Cristian se esforzaba por no parecer ingeniero. Traía el pelo largo hasta la espalda, usaba chaquetas de *jean*, manillas de cuero y botas militares.

Detrás de su pelo negro y ropa intimidante, se escondía la cara de un niño que apenas estaba descubriendo el mundo,

que le tenía miedo. No era, como pensé cuando lo vi por primera vez, agresivo ni amargado, sino una persona con el genuino deseo de ser un gran músico. Con el tiempo, aprendí que su apariencia era una fachada, una muestra de rebeldía, una manera de gritar: odio lo que hago, odio aquello en lo que me están convirtiendo.

Un día, mientras tomábamos café, en la cafetería de la universidad junto con Luis y Marcela, le pregunté a Cristian por qué no estudiaba Música, si le gustaba tanto y era tan bueno, y me respondió, como si estuviera harto de dar la misma respuesta, que no lo dejaron. Me le quedé mirando y él sintió la necesidad de explicarse: «Mi mamá dice que eso no me va a dar para comer, que si quiero estudiar Música, que lo haga cuando yo pueda pagarme la carrera y sostenerme a mí mismo».

Luis era pianista, no muy bueno, y solo estaba en la orquesta porque Marcela era su interés romántico. Eso se notaba a leguas. La seguía a donde iba, la invitaba a comer empanada, a tomarse un jugo Hit, le pagaba las fotocopias y, cuando llovía, la enviaba en taxi a la casa. Esto último, para un universitario que vive en una ciudad en la que llueve casi a diario, debe ser un castigo divino. Como todos, Marcela también sabía del interés de Luis y se aprovechaba de él.

Ella también tocaba el piano, tampoco muy bien, pero tenía una voz angelical. Estudiaba Administración y, aunque a diferencia de Cristian no le hubiera gustado ser música, amaba cantar; lo hacía desde niña. Era jovencita, como todos en realidad, pero su rostro escondía tal dulzura que la hacía ver unos cinco años menor. Luis le decía que sus ojos parecían dos agujeros negros. ¿Por lo negros?, preguntaba ella. No, porque me atrapan y no me dejan escapar. Nosotros nos reíamos de Luis y de sus piropos pubertos.

Esa tarde, mientras Luis acaparaba toda la atención de Marcela, Cristian me hablaba de su vida. En el colegio era

metalero, más por acto de rebeldía, y odiaba todos los demás géneros. Tuvo una banda con algunos de sus amigos. Él era guitarrista y tocaban canciones de Epica, Nightwish, Theater of Tragedy, Monspell y Lacrimosa.

—Éramos bastante malos —me dijo con risa—, aunque, alguna vez, nos presentamos en un escenario. Todavía tengo —continuó mientras sacaba el celular y lo revisaba— la foto de ese día.

Me la mostró: Cristian estaba detrás, con su guitarra y el pelo que le cubría la cara, mientras que los otros, unos jovencitos, asumían cada uno su *rol* con la mayor seriedad: una chica en el micrófono; un chico, que me recordó a Camilo Sesto por su corte de pelo, con un bajo y la voz gutural, según me explicó Cristian; otro guitarrista y el baterista.

»En esa época todavía creía en El Shaddai. —Se rio.

—¿El Shaddai? —pregunté.

—Así era como le llamaban a Dios los primeros judíos.

Ignoré su comentario, que me pareció bastante extraño, y miré la imagen de nuevo. Era una foto muy bella, le dije a él y lo digo ahora, de esas que recuerdan la alegría del pasado.

—¿Cuándo empezaste a escuchar otra música? —le dije después.

Yo sabía, porque lo pregunté en clase, que aún escuchaba metal, pero también bambuco, pasodoble, baladas, *vals* criollo.

—El día que me puse a estudiar música en serio —me respondió—. Ahí me di cuenta de lo complejos que podían ser los diferentes ritmos y el universo que cada uno implica. —Maravillado, le pregunté en qué academia había estudiado—. Por Internet —dijo—. Veía videos en YouTube.

Marcela, que hasta entonces la notaba incómoda con Luis, hizo un gesto para que esperara y se unió a la conversación como escucha. A Luis no le quedó otro remedio que hacerlo también.

—Yo tengo la teoría —dije cuando Cristian terminó su historia— de que el arte se aprecia realmente cuando nos educamos para él. Sobre todo, con el más elaborado. Las joyas de la literatura, por ejemplo, son despreciadas por los malos lectores y amadas por los buenos. Es más, les voy a confesar algo —puse un tono más confidente—: no he sido capaz con *Cien años de Soledad*.

Todos se sorprendieron, aunque no dijeron nada, porque de seguro tampoco lo habían leído.

»Es una joya, lo sé, pero me falta educarme más. Lo mismo con las demás artes. El experto en lo pictórico disfruta como nadie las partituras; el que entiende de melodía, compases y pulso, más que ningún otro, la música.

Hubo un breve silencio mientras, quiero creer, reflexionaban mis palabras.

»Tengo un primo —continué— que se queda horas viendo una partida de ajedrez. Yo le digo que está loco por ver eso tan aburrido tanto tiempo. Lo digo en broma, claro, porque a mí no me gusta el ajedrez y no lo entiendo, pero él sí y se emociona con ello.

—Eso me pasó —intervino Marcela— con la carranga. Hasta hace poco, me parecía música montañera. Luego, vi un video sobre sus orígenes, que me impactó. Investigué más y más, y ahora me encanta.

Sus ojos se iluminaron cuando le pedimos que nos contara al respecto. Éramos ignorantes en el tema, lo reconocimos, pero estábamos más que emocionados por aprender de Marcela. Explicó que la carranga nació en los Andes, especialmente en los departamentos de Boyacá y Santander, gracias a Jorge Velosa, su mayor exponente. Era música campesina que mezclaba tiple, requinto, guitarra y guacharaca, con letras que retrataban la vida rural, el amor y el humor popular.

Dijo que antes se veía como algo «montañero», pero que luego se volvió símbolo de identidad. Contó que la palabra «carranga» venía de un término usado para referirse a algo sencillo o popular, y que, ha sido tan importante, que influenció a otros géneros más modernos.

Cuando cerraron la cafetería —era viernes y los viernes cerraban temprano—, me despedí de mis estudiantes.

—Profe —dijo Luis—, acompáñenos a la BBC y nos tomamos una cerveza.

Marcela y Cristian lo miraron con asombro, no sabían que el plan era beber cerveza y menos con su profesor. Sondeé una excusa que no era del todo falsa: no podía tomar, porque estaba manejando y, además, vivía muy lejos. Esto era verdad. Mi moto me esperaba en el parqueadero para llevarme hasta mi casa en el Alto del Naranjo, una vereda encima de los Andes. Sin embargo, mis padres vivían cerca de la universidad y me quedaba allí siempre que salía por la noche.

No sé por qué, pero Marcela le hizo una seña a Cristian —que creyeron que no noté— y ambos me insistieron en que fuera. Si soy sincero, tenía ganas de beber. Eran esas ganas que dan luego de una conversación apasionante, de esas que a uno le gustaría nunca acabar. Cristian insistió, Marcela insistió. No era, ni es, ni nunca será una buena idea que un profesor salga con sus estudiantes a beber, pero cómo decirle que no a Marcela, que me miraba con esos ojitos negros y me decía «profe» con esa boca chiquitica.

Llamé a Lorena, le dije que no llegaría esa noche a casa, y me encontré con mis estudiantes casi una hora después. Llevaban poco menos de una jarra cuando los encontré. Hablaban de un viaje que Luis había hecho a Curazao con su familia e insistía, en especial a Marcela, para que fueran. Ella se reía, le decía que qué chévere, pero que no tenía dinero.

—Yo te invito —le dijo—. No debes preocuparte de nada. Marcela se reía.

Al ver que la conversación se tornó más íntima entre ellos —Luis convenciéndola y Marcela sacando excusas—, Cristian me preguntó si yo había compuesto música alguna vez.

—Algunas cositas —le dije.

—¿De verdad? Me encantaría escucharlas.

Como ya íbamos a terminar la segunda jarra y, por qué no decirlo, Cristian despertaba en mí cierta confianza, le conté que, aunque me gustaba componer, nunca había hecho algo relevante. Todas han sido piezas mediocres y poco originales.

—¿Según quién? —preguntó.

—Según yo. No sería capaz de mostrárselas a nadie más.

—Usted no puede pensar así porque, si no, nunca va a componer grandes piezas. —Bebió de su cerveza. Yo hice lo mismo—. Le diré algo: he tenido muchos profesores, de verdad muchísimos, y usted es el más apasionado y el que más sabe de todos. Estoy seguro de que usted puede componer, si no lo ha hecho ya, grandes obras.

Agradecí el sermón de Cristian porque, en el fondo, sé que tenía razón. Llevaba varios años sin componer por el temor de hacerlo mal. Me sabía muy crítico conmigo mismo, más de lo sano, y eso causaba que le encontrara defectos a todo lo que hacía. Luego de cada clase, por ejemplo, me iba repasando lo que dije, lo que hice o dejé de hacer, para encontrar los errores y no cometerlos de nuevo. Era muy severo conmigo.

Marcela, incómoda —lo supe por sus miradas que pedían ayuda—, aprovechó un instante en que Luis se calló y le preguntó a Cristian si ya se había aprendido *Alma llanera*, la pieza que les dejé en clase.

—Sí —respondió él—. Ese mismo día la saqué. Ahora, he estado perfeccionándola.

—Yo también ya me la aprendí —intervino Luis.

—¿Y tú? —le preguntó Cristian a Marcela.

—No toda —dijo con un tono de tristeza—. He estado dedicada a aprendérmela por partes, pero bien.

Yo me reí. Ya tenía algunas cervezas encima.

—Cada uno tiene su forma de aprender. Pero me sorprende que ustedes dos estén tan adelantados con la tarea.

—Fue inconsciente. No miré a Luis porque, en el fondo, no le creí que ya la hubiera aprendido. Tampoco me importaba.

—Es que me encantó —dijo Cristian.

—Es bellísima —dijo Marcela.

—Sí —dijo Luis.

La noche continuó con «La verdad o se atreve». Lo propuso Luis y, como no teníamos una mejor idea, y la conversación se desgastaba de a poco, aceptamos. Íbamos por la quinta jarra de cerveza. El viento frío empezó a golpear, así como el alcohol. No era consciente de la situación. Un hombre de treinta y cinco años, el profesor, bebía con sus estudiantes de dieciocho, diecinueve años, mientras jugaban un juego que fácilmente podía subir de tono y volverse inapropiado.

Marcela: verdad. ¿Has mentido alguna vez para faltar a clase? Sí. Cristian: verdad. ¿Has sido infiel? No. Luis: penitencia. Bebe de tu vaso hasta el final. Filamón —yo—: verdad. ¿Le ha gustado alguna estudiante alguna vez? No. Pero sí. O no. Qué difícil. ¿Marcela me gustaba? Quizá solo me atraía su mirada transparente, su voz melodiosa, su pasión por la música y su cuerpo delgado y frágil. Marcela: verdad. ¿Te gusta tu carrera? No. ¿No?, preguntamos. Hubiera preferido estudiar Filosofía. Cristian: verdad. ¿Hace cuánto estás soltero? Nunca he tenido novia. Filamón: ¿Ha sido infiel alguna vez? No. Tengo una relación abierta, dije.

¿Por qué putas dije eso? Fue como abrir una puerta, darles permiso de que se metieran en mi vida. ¡Ey!, alegó Marcela. No se vale repetir preguntas. Lo siento, se excusó Luis. Luis: penitencia. Pídele el número a la mesera. Se levantó de

un salto para que no le entrara la duda y se dirigió a la muchacha de la barra, de cara bonita, algo le dijo y volvió victorioso. Solo le dije que era muy guapa y que saliéramos, nos contó. Así que me dio su número. Le creyeron, pero yo no. Ya me conocía los trucos del juego.

Marcela: verdad. Este juego se pone aburrido si solo eligen verdad, dijo Luis, fingiendo molestia. De ahora en adelante, solo pueden elegir penitencia. «¿Quién le dio el derecho de poner las reglas?», pensé. Quise contrariarlo, convencer a los demás de que él no podía obligarnos a nada, pero preferí callar. Quizá sería más interesante así y Luis tenía razón. Marcela: penitencia. Escríbele a tu ex y dile que lo extrañas. Luis miró molesto. ¿A esta hora?, preguntó ella. Sí, respondí yo. Sacó su celular, buscó a un tal Jorge y le escribió «Te extraño». Ya. ¿Le llegó el mensaje?, preguntó Cristian. No. Él se duerme temprano.

Cristian: penitencia. Haz veinte lagartijas. Fácil, respondió, y las hizo mientras el bar estaba lleno. Algunos curiosos lo miraron y se rieron. Se levantó agitado, lo aplaudimos, bebió de su cerveza, preguntó si él seguía a poner la penitencia. Sí. Filamón: penitencia. Quiero que la próxima clase nos enseñe alguna pieza que usted haya compuesto. Uy, qué buena, dijo Marcela. Yo me quedé pensativo unos segundos y dije que estaba bien.

En realidad, no estaba bien. Me cuesta explicar por qué me afectó tanto esa penitencia. El juego siguió, aunque yo estaba en piloto automático. Una pieza mía, ¿cuál? Todas eran una mierda. Nunca había compuesto algo que valiera la pena. No quería decepcionarlos. Sabía que los dos me admiraban y también que, si presentaba alguna composición propia, perdería su respeto. Pensé buscar alguna pieza poco conocida, una buena, y hacerla pasar como si yo la hubiera compuesto. Lo consideraré con seriedad. ¿De verdad, Filamón? Qué patético, dijo la voz de mi consciencia.

El juego siguió mientras yo estaba sumergido en mis pensamientos. Marcela: penitencia. Dame un esquinazo. Ella lo hizo poco convencida. Luis recibió el beso gustoso. Cristian: penitencia. Ve a esa mesa —señaló— y pregunta si alguna estaría dispuesta a salir con vos. La mesa era solo de chicas. Él se acercó, les dijo algo, se rieron y regresó divertido, aunque apenado. Filamón: penitencia. Haz veinte sentadillas —creo que no sabían qué ponerme o les daba vergüenza—. Las hice. Luis: penitencia. La próxima clase vas a tocar, tú solo, *Alma llanera*. Me miró serio y dijo «vale».

Marcela: penitencia. Luis le dijo que eligiera a alguien y lo besara en la boca. Estaba seguro de que lo elegiría a él. ¿A quién más? Y por eso se arriesgó. Ella nos miró con vergüenza. Yo los miré con vergüenza. Seguro, cuando les presentara una obra mía, sentirían vergüenza. ¿Qué haría? Supe que Cristian tuvo toda la buena intención con su penitencia, pero me puso en una encrucijada. Marcela se levantó y se aproximó a mí. Sus labios sobre los míos me sacaron de mis pensamientos. Le correspondí el beso, fueron unos pocos segundos hasta que Luis dijo que ya era suficiente. Sí, ya es suficiente, dije yo también. Me levanté. Debo irme. Saqué un billete de cien mil y lo dejé sobre la mesa.

—No, profe —dijo Marcela—. Discúlpeme.

—No se vaya —dijo Cristian—, por favor.

Les sonreí y les insistí en que todo estaba bien.

—Nos vemos el lunes en clase.

No sé qué tanto más dijeron, pero emprendí camino a la casa de mis papás con la convicción de que no quería dormir allá. No fue el beso de Marcela lo que me removió las emociones. En otra situación, me conozco, la hubiera besado más y llevado a la cama. Qué me importaba a mí Luis, que se jodiera. Pero no fue eso. Más bien fueron las palabras de Cris-

tian y, luego, su penitencia, lo que no me dejaba en paz. Saqué la moto del garaje, no hice ruido y me fui a mi casa. Las calles estaban vacías y mi adrenalina a tope.

«Soy un fracasado —me dije en voz alta. Lo repetí varias veces—. Llevo casi veinte años dedicado a la música y nunca he podido componer nada bueno».

Recordé cuando estaba en décimo grado del colegio. A esa edad, se supone que uno ya debe saber qué quiere estudiar. Una psicóloga nos visitó para preguntarnos sobre nuestra futura carrera. A los que titubeaban o no sabían, les agendaba cita para descubrirlo. Yo dije, orgulloso, que estudiaría Música.

—¿Y qué te gustaría tocar? —me preguntó ella.

—El piano —dije—, pero sobre todo quiero ser un gran compositor.

Aceleré la moto.

«¡Jueputa! —grité mientras salía de Manizales—. ¡Jueputa!», grité más duro en un intento por desahogarme. No puede ser que no lo haya logrado, que sea un inútil, un mediocre.

Quise llorar, pero las lágrimas no salieron. Llegué al pie del Alto del Naranjo y subí, subí, subí sus empinadas cuestas.

«Aún estoy joven —intenté calmarme—. Muchos grandes compositores lo lograron después de mi edad: Bruckner, Mahler, Sorabji. Solo tengo que componer más, hacerlo todos los días, perfeccionarme hasta que logre algo bueno».

Con la convicción de que empezaría ese mismo día y no al siguiente, llegué a casa. Era, como dije, una casa rural en lo más alto de una montaña de los Andes. Tenía una vista inmejorable de la cordillera y, al fondo, se veía Chinchiná. Siempre venteaba fuerte y hacía mucho frío, salvo cuando el sol se mostraba cerca y vigoroso, que era cuando más picaba estar expuesto a él.

Entré a la casa. Oscuridad y silencio casi absoluto. Solo se escuchaban grillos y el viento golpear. Con la confianza de que Lorena no me escucharía, pues dormía en el cuarto más alejado de la casa —una casa grande—, me encerré en el estudio, donde tenía mi piano, a componer.

Diré que, a pesar de ya haber tomado suficiente, sentí la necesidad de beber algo más. Quizá era una manera de postergar el síndrome de la hoja en blanco, de pasar por el humillante momento de preguntarme: «¿Y ahora qué escribo?, ¿escribo una fuga o una sonata?, ¿o una tocata?». Bajé las escaleras, ahora sí con mucho cuidado de no despertar a Lorena y busqué algo para tomar en una pequeña cava que teníamos en la sala.

Había media botella de ron, una de aguardiente amarillo y un poco de *whiskey*. Pensar en beber algo de eso, me provocó náuseas. No quería algo tan fuerte, así que me decanté por un vino que encontré al fondo y que nunca había visto. Se veía bastante viejo. ¿Estaría dañado? Luego recordé, quizá de manera errónea, que un vino, entre más viejo, mejor. Me convencí de que era un gran vino y que lo bebería para celebrar mi nueva vida como compositor. Suena como una tontería, ¿verdad? ¿Qué les puedo decir? Uno no piensa de la mejor manera cuando está borracho.

Descorché el vino como pude. No fue fácil, porque era un corcho viejo, de esos que se desintegran al tacto y de los que hay que cuidar mucho para que no ensucien el contenido. Serví en una copa y lo olí, tal como me enseñaron una vez en un viñedo. Era un vino espeso, cuyo color me recordaba a la sangre coagulada, y con un ligero olor a frutos rojos. Lo probé. Fue un breve sorbo, apenas para humedecer los labios. No daba crédito a lo que sentía. Tomé un poco más. El gusto intenso de la uva, amarga, seca, junto con otros sabores que no pude reconocer, me hicieron alucinar. Era un vino realmente bueno.

Bebí más antes de regresar al estudio. Mis dudas se diluyeron y llegó a mí, con una claridad sorprendente, lo que debía componer. Primero, toqué algunos acordes al azar. Tan-
teé combinaciones y figuras más extensas. Me sentí listo. Tomé mi libreta de pentagramas y escribí el primer símbolo. Miré la copa que estaba a mi lado. Me la bebí completa de un tirón. El calor me bajó por la garganta y pronto se expandió por todo mi cuerpo.

Sentí un impulso incontrolable por escribir, un frenesí por componer. Tomé el lápiz con fuerza. Escribí el segundo símbolo. El sudor resbalaba por mi frente, por mi pecho y por la espalda. Escribí con violencia los siguientes símbolos, mientras llovía a cántaros y se escuchaban truenos entre las montañas: rayos que caían aterradoramente cerca. No pensaba mucho, en realidad. Permití que mi mano se moviera sola, que compusiera lo que salía de mi corazón. Me dolió la muñeca, los dedos de tanto apretar, el corazón de latir con fuerza.

Solté el lápiz. ¡Qué calor el que sentía, pese al frío intenso! Mi ropa estaba empapada. Miré las partituras con un fuerte mareo. No distinguí nada. Mis ojos no enfocaban. Un sopor me llegó de pronto y caí sobre el piano.

MAQUETADO

II

Desperté en mi cama al día siguiente, aún con fiebre y con un dolor en todo el cuerpo que me impedía moverme. Lorena apareció a los minutos y me preguntó cómo estaba.

—Mal —respondí—. Tengo mucho frío.

Estuvo un rato sentada a mi lado, me acarició el rostro, mientras preguntaba cosas de rutina: qué había bebido, comido, si estuve con alguien enfermo, si me abrigué en la noche. Le conté de la salida con mis estudiantes y que, cuando llegué, me encerré en el estudio a tocar el piano.

—No comí ni bebí nada extraño —le dije—. Un pastel de pollo en la universidad, que se veía bien, y cerveza.

—¿Quieres que vayamos al hospital? —me preguntó.

—Contigo es suficiente —respondí.

Lorena era enfermera. Trabajaba en una pequeña clínica en la ciudad que le permitía tener horarios cómodos y flexibles. La conocí en el colegio —ella era la hermana de un buen amigo, que luego se fue a vivir a Bogotá— y, aunque nuestro romance inició más de una década después, nunca perdimos el contacto ni la amistad.

Fue durante un reencuentro con nuestros amigos del colegio que, por primera vez, nos besamos en serio —lo habíamos hecho antes, pero como juego de adolescentes en un «pico botella» o como «reto»—. Estábamos borrachos, bailábamos una salsa lenta que ninguno de los dos sabía bailar, le dije que estaba muy linda. Ella me miró y sonrió. Quedamos tan cerca que era imposible no besarnos. Luego, salimos, los recuerdos en común nos acercaron como nunca. Nos volvimos novios y, como ella era una mujer de treinta y dos años y yo, uno de treinta y cuatro, se mudó conmigo a los pocos

meses. Yo no sé qué tiene esta edad que lo hace a uno necesitar estabilidad, una pareja con la que desayunar y salir a pasear todos los domingos.

—¿Cómo llegué hasta aquí? —le pregunté a Lorena cuando me llevó una sopa de pollo para almorzar. Eran las tres de la tarde.

—¿No lo recuerdas? —Abrió los ojos—. Te acostaste aquí sin que yo me diera cuenta. No te imaginas el susto que me dio al otro día cuando te vi a mi lado, bañado en sudor. Te toqué y le escribí a mi jefa para decirle que no iría a trabajar.

Tomé de mi sopa. En realidad, no recordaba casi nada del final de la noche anterior. La última imagen de la que tenía memoria era yo escribiendo en el pentagrama. No recordaba qué había escrito ni qué hice después de acabar. Me reí.

—Estaba muy borracho —dije.

Lorena se acostó a mi lado, encendió el televisor y puso la telenovela que veía por *streaming*. No recuerdo el nombre, pero, según me explicó, trataba de un hombre rico y petulante que descubre que, de bebé, fue cambiado en el hospital. Su verdadera familia era muy pobre. La madre, no la biológica sino la «adoptiva», los obligó a cambiar de *rol* para darle una lección.

Así, el pobre asumió la vida del rico y viceversa. Debo decir que nunca fui amante a las telenovelas, pero me encanté viendo esa con Lorena. Al fin y al cabo, no me podía mover. En otra ocasión, me hubiera ido a mi estudio a tocar el piano, a escuchar música o a leer un libro. Si no estaba de ánimo, buscaba una película, de esas que a Lorena no le gustaban, o una serie histórica.

Vimos la telenovela hasta que fue hora de dormir. El rico, que ahora era pobre, se enfrentaba a las penurias de no tener dinero, tener que fiar en la tienda y comer calentado de frijoles en su nueva casa; mientras, poco a poco, se enamoraba de la novia de su contraparte. No era como las modelos a las que

estaba acostumbrado: era flaca, de pelo negro, rostro bello y mal vestida, pero lo conquistaba, sin querer, con su amabilidad y dulzura. No sé por qué, pero me recordó a Marcela. Recordé el beso que me dio, sus labios delgados y jóvenes, y que, aunque no tenía el cuerpo voluptuoso ni la sensualidad de Lorena, me gustaba bastante.

Cuando Lorena se cansó de ver su telenovela, me preguntó cómo me sentía. Lo hizo con tal dulzura que recordé por qué me había enamorado de ella. Le expliqué que aún me dolía todo el cuerpo y que me sentía caliente. Me acarició las mejillas, la frente, el cuello, y me dio un beso corto.

«Te aplicaré una inyección para que duermas bien», me dijo. Así fue. Me encalambró la nalga y la pierna por un buen rato, pero dormí sin fiebre ni dolores. Incluso, desperté como si nada hubiera sucedido, más temprano que Lorena, con la mente clara y el recuerdo de las partituras de mi composición.

Me levanté, subí las escaleras y me preparé un café. Después, en mi estudio, me senté frente al piano con la firme intención de interpretar la pieza que había compuesto. Los primeros acordes fueron sencillos, un Do menor séptima y un Fa sostenido disminuido, pero, pronto, la notación me hizo detenerme. «¿Qué es esto?», me dije en un susurro y con bastante extrañeza.

Era mi letra, estaba seguro, pero no entendía ni recordaba cuándo, cómo ni por qué había escrito lo que estaba en el papel. Me explico: el pentagrama estaba en orden y en él se leía, a simple vista, la notación musical de una pieza sencilla, sin muchos arreglos, aunque había en él algunos símbolos que no existían y que, seguramente, yo había inventado. Los conté. Eran siete. «¿Qué podían significar? Si los anoté, fue por algo», pensé.

Regresé a la cocina por más café. Me senté en el comedor, ahí junto, mientras la cabeza me daba vueltas e intentaba recordar el significado de los símbolos. Se me ocurrió que si intentaba interpretar en mi cabeza el resto de la obra, podría llenar los vacíos y entender los caracteres. Entonces, ocurrió algo que me sorprendió y me hizo latir fuerte el corazón: en mi mente, los nuevos símbolos cobraron sentido y le dieron forma a la obra musical completa. De principio a fin, sonó en mi cabeza, con siete notas que jamás había «escuchado». No solo eso, sino que, aunque en ese momento no lo quise admitir, era sin duda la pieza musical más bella que jamás había oído.

Lo sé, no soy tonto, y por eso no lo admití en ese momento: la belleza está en los oídos del que escucha y no en la música. En eso estaba de acuerdo con Kant. Pero hay ciertos parámetros técnicos y artísticos que permiten evaluar la calidad de una pieza, independiente de que nos guste o no. Eso sí: entre más calidad, es más probable que agrade o, al menos, que no desagrade. Esa pieza, sin embargo, rompía con toda la filosofía musical en la que hasta entonces creía. Era una melodía sencilla, corta, que iba *in crescendo* hasta concluir en un final intenso.

Al terminarlo, a uno se le helaban los huesos y una sensación de angustia lo invadía. Por eso sabía que la pieza podía, y debía, ser interpretada. El mundo necesitaba maravillarse con ella. Hubiera sido un desperdicio que sonara solo en mi cabeza. Qué me importaba a mí que los símbolos no existieran o que jamás los hubiera visto. Ya lo decía Wittgenstein: los límites de mi mente son los límites de mi lenguaje. Pero si no hay un lenguaje que defina, como era el caso, no había límites.

—Buenos días, amor. ¿Cómo seguiste? —Lorena me sacó del aturdimiento.

—Demasiado bien —le dije y, acto seguido, le conté, primero lo que me había dicho Cristian en la cafetería respecto a que yo podía componer grandes obras y, luego, la «penitencia» (aunque la llamé «solicitud») que me hizo en el bar.

Mientras le contaba, ella puso su mano sobre mi frente, se preparó un café y se sentó conmigo a tomárselo. Me miró con cierto asombro, sin decir nada, cuando le conté que, al llegar a casa, me encerré a componer la obra.

»Eso no es todo —le dije emocionado—: mis ojos querían llorar; mi corazón, salir de mi pecho y mi sonrisa, llegar hasta las sienes. Cuando leí las partituras esta mañana, descubrí, no solo que ya la había terminado, sino que es la mejor pieza musical que he compuesto.

Lorena bebía de su café mientras me escuchaba.

»Es más —y mi corazón creció cuando pronuncié estas palabras—, estoy seguro de que supera a muchas de las grandes obras de la historia.

No sé qué pensó Lorena sobre mí en ese momento. Yo parecía un niño chiquito que cuenta, con un entusiasmo descontrolado, cómo un personaje de la televisión derrotó al villano. Creo que, en el fondo, todos somos niños, pero cada vez nos emocionan menos cosas.

—Qué bueno, me dijo.

—Pero hay un inconveniente —continué—, ¿ves estos símbolos de aquí? —Le mostré las partituras. Lorena asintió—. No sé cómo interpretarlos.

—Ya veo —dijo ella.

—Tal vez en un violín, un saxofón... No sé. ¡Ah! —grité como un suspiro—. Tendré que ponerme a estudiar. Pero ¿sabes? ¡Estoy tan emocionado! En serio, esta pieza es maravillosa. Cuando la pueda interpretar, te la enseñaré y ya verás...

Tomé un sorbo de mi café ya frío. Ella me miró con una sonrisa forzada.

—Me alegra mucho por ti —remató. Luego, como si el tema se hubiera cerrado y ya no hubiera nada más qué decir al respecto, me preguntó detalles de mi noche—. ¿Sentiste fiebre, escalofríos, dolor en la piel, la espalda o los huesos? ¿Amaneciste con la boca reseca?, ¿o te molesta la cabeza? ¿Cómo te sientes de energía?

Yo estaba perfecto. Ni el desinterés de Lorena —no la culpo. Ella no sabía mucho sobre música— ni los rezagos de mi enfermedad me iban a detener. Toda mi alma y mis energías se enfocaron en mi objetivo: reproducir la pieza. Conversé un rato con ella, sobre nada en especial: me contó problemas de su trabajo, pacientes incontrolables, su jefe que tiene favoritos, y yo le hablé un poco sobre mis clases y me fui al estudio luego de desayunar. Eran las nueve de la mañana y le había prometido a Lorena que, como cada domingo, iríamos a pasear en la tarde. Tenía poco tiempo, pero lo quería aprovechar al máximo.

El estudio era un cuarto bastante amplio que, cuando recibí la casa como herencia de mi mamá, adecué de a poco tal como siempre quise tener un estudio. Puse un estante de libros viejos, de los cuales había leído apenas la mitad. En lo alto, se exhibían orgullosos los libros sobre música y teoría musical que había coleccionado por años. En la mitad, algunos de literatura de distintos géneros y autores: Kafka, Esquinca, García Márquez, Mirlo, Henao Arias, Zweig, Servín, Nietzsche, Volpi, Bazterrica y otros que no recuerdo. Abajo, medio ocultos, libros viejos y olvidados que no me gustaban o que no eran de mi interés. No era, en realidad, un gran lector, pero procuraba que mi biblioteca fuera una larga lista de recomendaciones.

El suelo lo embaldosé de blanco y negro. Recordaba más a un tablero de ajedrez que a las teclas de un piano —que era mi intención original—. Las paredes, color crema, llenaban toda la habitación. Tenía un gran piano de cola, un escritorio

con un computador y su silla, hojas y lapiceros regados por todas partes. A un lado, junto al piano, había una gran ventana que daba al exterior y ofrecía una magnífica vista de las montañas y de algunas pocas fincas cafeteras a lo lejos.

Me senté frente al computador con las partituras en la mano. Debía comprobar que los símbolos fueran invención mía y no que ya existieran. Ojalá hubiera sido así, mi trabajo se habría facilitado un montón. Pero no. Tomé fotos de cada uno, las adjunté a una IA para que las revisara y no encontró ninguna coincidencia. No había nada en sus millones de teras de información que se asemejara a esos símbolos. «Mucho mejor —me dije para consolarme—. Así será una pieza mucho más original».

El resto de la mañana, hasta que Lorena me dijo que debíamos irnos, estuve leyendo sobre música y notas poco convencionales; sobre instrumentos que producían sonidos extraños y sobre resonancias que se salen de la música tradicional. A pesar de que aquello me dio una pizca de esperanza —llegué a creer que encontraría mis notas en alguno de esos instrumentos—, dada la información que encontré, ninguno servía para mis propósitos.

MAQUETADO

III

Aunque mi clase comenzaba a las diez, me levanté junto con Lorena y llegué al salón de Música a las ocho. Era un espacio amplio en el que se distribuían, de una forma un tanto aleatoria, los instrumentos propios de una orquesta. En medio, había sillas acomodadas frente al tablero en el que yo impartía la clase. Había, además, un pequeño cuarto de sanalejo en el que alguna vez descubrí instrumentos no tan convencionales: un serrucho melódico olvidado en una esquina; una kalimba polvorienta que quién sabe hace cuánto no usaban; un theremín cubierto por una sábana sucia.

Aunque mi objetivo era sencillo, su ejecución no. Para ese momento, las notas se reproducían con tal claridad en mi mente que no necesitaba las partituras para «escucharlas». Como un Do o un Mi resuenan en la mente con solo pensarlo, mis notas resonaban al recordar su símbolo. No exagero, no es mi objetivo al escribir esto, cuando digo que cada nota por sí sola me hacía estremecer todo el cuerpo.

Las notas, pues, eran claras en mi mente. Sin embargo, era difícil para mí sacarlas de allí, pues no contaba con un referente específico. Un Re estaba tan alejado de la nota 1 —las enumeré para poderlas nombrar—, como un Fa o un Si. Me costaba decir si la nota era más alta o baja, como si perteneciera a otro espectro fuera del grave-agudo. A pesar de eso, probé con diferentes instrumentos. Lo hice sin una brújula, casi al azar, como un niño cuando se para frente a un piano y lo intenta tocar por primera vez.

Cuando llegó el primer estudiante, estaba tocando la kalimba. Lo saludé y la guardé antes de que se enterara de mi ignorancia con el instrumento. Aún faltaban diez minutos para la clase, pero a él le gustaba llegar y practicar a solas. Luego, llegó la otra corista, después Cristian. Ven, le dije, y

se aproximó a mi escritorio. Le pregunté cómo les había ido el viernes y le pedí disculpas por lo ocurrido con Marcela. Él se rio.

—No se preocupe, maestro —era la primera vez que me llamaba así—. Al único que le molestó fue a Luis. Estuvo el resto de la noche reprochándole a Marcela por haberlo elegido a usted y no a él. —Esto último lo dijo en voz muy baja para que nadie más escuchara—. Al final, me cansé de Luis y me fui. Marcela dijo que también se iría y, como vivimos relativamente cerca, me propuso que nos fuéramos en el mismo taxi.

—¿Y qué dijo Luis? —pregunté.

—Se enojó —respondió Cristian—. La verdad no recuerdo mucho la pelea. —Se rio—. Ya había tomado mucho. Dejé a Marcela en su casa y seguí a la mía.

Los estudiantes llegaron de a uno y le pedí a Cristian que se sentara. Llegó Marcela con su sonrisita y sus ojitos negros. «Hola, profe». Y se sentó. Luis, como esperaba, no llegó, ni ese día ni los siguientes. Luego, me di cuenta de que había cancelado la clase. Seguro quería verme menos de lo que yo lo quería ver a él.

La primera mitad de la clase, ensayamos *Alma llanera* e hicimos algunos ejercicios de interpretación. En la segunda, adopté un aire magistral. Les hablé de historia de la música. Les expliqué, *grosso modo*, cómo se creó la notación musical que tenemos hoy en día, a partir de los cantos gregorianos, y les dije que, a pesar de ser la más aceptada, no es la única.

«Existen más formas de hacer música —les dije—, maneras que valen mucho la pena explorar. Por ejemplo —dibujé la nota 3 en el tablero—, este símbolo sin nombre es muy diferente a lo que conocemos en la música convencional. ¿Alguno lo ha visto antes? —Nadie levantó la mano—. Quiero

que experimenten con sus instrumentos, que hagan cosas diferentes, que lleguen a extremos y rompan las reglas. Quizá descubran sonidos sorprendentes».

El salón se llenó de ruidos caóticos y desesperantes. El violín chirriaba agudísimo; la viola, demasiado grave; el piano, marcaba acordes disonantes. El aire vibraba con una cacofonía que arañaba los oídos. Algunos se los tapaban. Era un caos. Les pedí que continuaran. Estaba convencido de que si alguno llegaba a una de mis notas por azar, o se acercaba así fuera un poco, me daría cuenta de inmediato.

Estuve atento, escuchando, sin distraerme, hasta que fueron las doce. Cerré mi puño en lo alto, en señal de silencio, y les pedí que ensayaran en casa *Alma llanera*. Estaba un poco desilusionado. Aún me aturdían los oídos por el bullicio y el silencio se volvió, de pronto, música reconfortante.

Mientras organizaban los instrumentos, le pedí a Cristian y a Marcela que almorzaran conmigo en el restaurante de la universidad. Me adelanté mientras terminaban de organizar sus instrumentos y les pedí que cerraran la puerta. Los esperé en una mesa mientras los almuerzos llegaban. Los vi riendo, mientras caminaban hacia mí. Hablaban quién sabe sobre qué.

Yo estaba con el corazón hecho añicos y con la duda intensa de si hacía lo correcto. ¿Por qué ellos y no alguno de mis colegas músicos? No lo supe en ese momento, pero hoy sé que necesitaba discípulos, más que músicos formados: apasionados dispuestos a aprender, con la mente abierta y sin los sesgos técnicos que enseñan en la universidad. No hay mayor enemigo del arte que la academia. La duda, entonces, me acechaba, pero ya era tarde. Estaban muy cerca. Yo sostenía las partituras de mi obra.

—Estuvo muy interesante la última parte de la clase
—dijo Cristian.

Luego, les pedí que se sentaran y les expliqué que ya había ordenado los almuerzos. Sabía que «interesante» era un eufemismo para «extraño» y que su comentario pedía una explicación.

—Todavía siento rechinar mis oídos. —Se rio Marcela.

Me reí con ella. La vi transparente, con el cabello algo desarreglado y sus gafas de moda: grandes y redondas. Me parecía «interesante» que actuara tan normal, como si no recordara o no le diera importancia a lo que pasó en la BBC.

Llegaron los almuerzos. Pensé en dilatar el tema y permitir que mis nervios se diluyeran, pero ya habían hablado al respecto y luego no quería forzarlo. Además, ¿no dicen que al mal paso darle prisa? Me convencí de que lo haría de inmediato. La mente piensa muy rápido en momentos de crisis.

—Por eso mismo les pedí que almorzáramos juntos —dije lo más casual que pude. Comí un poco de mi sopa de frijoles para tranquilizarme—. Cuando me despedí de ustedes el viernes, me fui para mi casa.

Les conté del impacto que tuvo en mí las palabras de Cristian, luego de la penitencia que me puso y cuánto me afectó.

—Solo era un juego, maestro —dijo él para disculparse.

Les dije que estuve componiendo toda la noche; de mi enfermedad que me hizo tener lagunas; de los símbolos y de las partituras. Apenas tocaron sus platos mientras yo hablaba. Me escuchaban atentos. Les mostré las partituras y les pregunté si habían visto alguno de los símbolos. Ambos dijeron que no.

—No sé cómo decirles esto —les dije con la voz tan baja como pude—. No quiero que piensen que estoy loco.

—No, profe, claro que no —intervino Marcela.

—Hasta donde sé, estos símbolos no existen. —Suspiré—. Pero suenan en mi cabeza con una claridad que me hace estremecer. —Las partituras se agitaban sutilmente por mis manos temblorosas y mi voz se escuchaba quebrada—.

No solo eso: estoy seguro de que esta es de las mejores obras que se han compuesto en la historia.

Contrario a lo que creí, pues esperaba una reacción de incredulidad, me miraron con genuino asombro y curiosidad. ¿Cómo descubrió las notas? ¿Cómo suenan? ¿Es como un Re o un Sol? ¿No recuerda cuándo las escribió? ¿Será que con un acordeón se pueden interpretar? ¿O con una gaita? Cuando terminaron de preguntar, les pedí que no le contaran a nadie.

Cristian se quedó mirando las partituras, como si intentara descifrar su significado, y Marcela me preguntó por qué les contaba todo eso. Quise decirle que no tenía a nadie más a quien contarle, que mis amigos músicos se hubiera burlado de mí, que Lorena ni entiende ni le interesa la música y que esta obra era demasiado grande para mí solo. Hice silencio unos segundos. Le sonreí. Miré su rostro delicado y su lunar en la mejilla.

—Necesito que me ayuden a interpretar la obra —dije. Cristian me miró. Yo no despecué la mirada de aquel lunar tan redondo, que quise acariciar—. Hagamos historia juntos.

Estuvimos conversando un rato más sobre la pieza y lo que podríamos hacer. Terminamos de almorzar y fuimos por un café. Tendríamos que ensayar en un lugar donde nadie se enterara. La universidad, entonces, quedó descartada. Propuse mi casa con la advertencia de que quedaba lejos. Cristian dijo, cosa que ignoraba, que tenía moto y que no le importaba, y que, de hecho, no vivía tan lejos del Alto del Naranjo.

«Si alguno de los dos me lleva, no tengo problema», dijo Marcela. Acordamos ensayar el día siguiente en la tarde, pues los tres estábamos libres. Cristian se disculpó, ya eran las dos y tenía clase. Se fue. Por primera vez, estaba a solas con Marcela.

Pedimos un café. Sé que es extraño, porque yo era el profesor y ella mi estudiante, pero estaba realmente nervioso. A

mis treinta y cinco años había vivido tanto, experimentado las cosas más diversas, por mi cama habían pasado decenas de mujeres..., y aún me ponía nervioso quedarme a solas con la que me gustaba. ¿De qué podía hablarle si no teníamos tanto en común? ¿De las clases? ¿De música? ¿Del viernes anterior? ¿De su vida?

Hubo un largo silencio incómodo, o no tan largo, pero que se sintió eterno y que estaba dispuesto a romper con un «¿Cómo has estado?». Ella, sin embargo, evitó mi vergüenza por hacer una pregunta tan genérica y habló primero.

—Quería disculparme por lo del viernes —dijo—. Había tomado bastante y... —Miró apenada su taza de café—. No sé qué me pasó.

Yo sonreí. Un cosquilleo en la boca del estómago y en el vientre bajo me recordó la escena. Me trajo el deseo de repetirla.

—No tienes por qué disculparte —le dije—. Al contrario, lo disfruté bastante.

En otra circunstancia, hubiera sido incapaz de decirle eso. El cosquilleo intenso, sin embargo, me empujó a hacerlo. Lo dije y me arrepentí de inmediato. Ella no respondió ni despegó la mirada de su taza casi vacía. Me levanté para que la situación no se tornara más incómoda y le dije que iría por más café, pese a que todavía no había terminado el anterior.

»¿Quieres otro?

Ella asintió.

Cuando volví, Marcela estaba en su celular. Agradeció el café.

—Investigaba sobre símbolos musicales extraños —me explicó—, pero no encontré nada que se pareciera a sus partituras. Tampoco encontré nada sobre notas diferentes en música. O sea, sí, pero terminan siendo lo mismo.

¿Había investigado tanto en cinco minutos? «Qué agilidad tenían los jóvenes —pensé— para encontrar cosas en su

celular». Yo aún seguía con la conversación anterior en la cabeza, así que agradecí el cambio de tema.

—Yo creo que podemos descubrir alguna manera de tocarlas —dije—. Si suenan en mi cabeza, sonarán también afuera.

Tomé de mi café para darle énfasis a mi afirmación.

—Ay —dijo ella con su voz infantil—, qué ganas de escucharla. ¿De verdad es tan linda como usted dice?

—Lo es —respondí con una gran sonrisa. Mis ojos se aguaron—. Inicia con acordes sencillos, tranquilos, y va *in crescendo* hasta un final extático. Marcela, de verdad, no sabes cuánto me gustaría que lo escucharas como yo, que pudieras vivir conmigo todas las sensaciones que produce: pasa del sufrimiento a la angustia; recuerda los momentos de decepción y melancolía; termina con una explosión de felicidad. Es bellissimo.

Ella me miró con curiosidad.

—Si es tan bella, ¿por qué es tan triste?

Me quedé pensando. No era triste, era más que eso. La pieza lo transportaba a uno a los momentos más oscuros y deprimentes, aunque el final estuviera lleno de éxtasis. ¿Por qué me gustaba tanto entonces? Lo sabía: el arte suele ser triste. El arte suele ser trágico. Así nos gusta. Deseamos sentir angustia y desasosiego, sin necesidad de vivir la causa de la angustia y el desasosiego. Por eso los libros no suelen tener un final feliz, al menos no los buenos; la poesía es melancólica; el arte pictórico suele representar la tragedia; la música oscura y depresiva suele hacerse y gustar más que la alegre. Hace parte de la condición humana: buscamos la felicidad, cuando en el fondo anhelamos la tristeza.

A Marcela le interesó mi explicación. Me preguntó por obras alegres como *Radetzky March* y *El carnaval de los animales*, cosa que me sorprendió, porque no creí que las conociera, y le dije que había excepciones.

—En el arte no hay reglas, recuerda.

Hablamos sobre otras obras, tanto clásicas como contemporáneas y, en un salto que no entendí muy bien cómo ocurrió, me contó sobre su vida. Lo hizo, creo yo, porque hablar del arte trágico le hizo recordar las tragedias de su vida.

Vivía en una residencia de estudiantes. Se fue a estudiar a Manizales, porque no soportaba vivir más con su padre. No era una mala persona, concluí yo, sino que era muy estricto. No la dejaba salir sino hasta las diez de la noche y muy de vez en cuando; le exigía que fuera buena estudiante y la obligó a estudiar Administración. Le dijo que ni la filosofía ni la literatura servían para algo y que se iba a morir de hambre. Luego de una larga discusión, ella aceptó, pero con la condición de hacerlo en otra ciudad.

Me dijo con un dolor profundo, como si aquello fuera lo peor que le podría ocurrir a alguien, que no pudo disfrutar la adolescencia como todas sus amigas del colegio. Vivió siempre con la zozobra de actuar a escondidas de su padre, de mentirle, de decirle que debía hacer un trabajo en grupo cuando en realidad se iba a ver con su novio.

—Eso ya pasó —le dije, porque no se me ocurrió nada más—. Aquí ya eres libre.

Dijo que sí, con una sonrisa que me mostró sus grandes dientes.

Estuvimos hablando un rato más sobre ella y lo que le gustaba hacer. Me enteré de que cantaba desde niña, primero en la escuela, luego en el coro de la iglesia, después entró a clases de canto hasta que se mudó de Cali. Le gustaba García Márquez, Wilde y Kafka —aunque en realidad apenas los había leído— y quería estudiar Filosofía, porque le impactó profundamente la teoría del genio maligno de Descartes cuando la aprendió en el colegio.

Tuvo una crisis existencial, así la llamó ella, durante un tiempo al preguntarse si el mundo, sus amigos, e incluso ella

misma, existían en realidad. Yo sonreía con su inocencia y ternura, pero, a la vez, admiraba que, pese a su edad, se interesara por problemas tan complejos. Eso la llevó a leer directamente a Descartes, a comentaristas, a Kant —que no entendió—, a Sartre, a Camus.

—Tienes que leer *El mito de Sísifo* —me dijo.

También intentó con Nietzsche y con Heidegger, pero, aunque escribían de una manera bella y poética, eran muy difíciles de comprender. Por eso quería estudiar filosofía: para entenderlos.

—¿Crees en Dios? —le pregunté.

—Yo solo puedo creer en un dios que baile —respondió con cierto aire intelectual.

Se rio ante mi sorpresa y me dijo que era una frase de Nietzsche. También me contó, a propósito del comentario, que estaba en una academia de danza.

Se fue a clase. Me quedé en la mesa un rato más, pedí otro café e intenté leer el libro que siempre cargaba, pero que tenía olvidado. No pude. Los pensamientos llegaron mezclados, en una especie de caos, sin razón ni conexión. Pensé en Marcela, cuyo recuerdo y aroma seguían presentes; en Lorena, que debía estar atendiendo a un paciente en ese momento, quizá limpiando a un anciano o aplicando una inyección; en las partituras y la música que tenía en mi mano y no sabía interpretar.

Esto último fue el detonante. La idea ya había llegado a mí en días anteriores, pero la había despachado para no asumir el peso de tomar una decisión así. En ese momento, lo vi con claridad: Lorena me estancaba. Era cierto que me amaba, que era tierna, que siempre me cuidaba, pero, más allá de eso, no teníamos mucho en común.

Yo aportaba a sus conversaciones sobre el hospital, sus pacientes y la escuchaba, aunque en realidad me importaba muy poco. Ella hacía lo mismo cuando yo hablaba de música.

Intentaba opinar, lo sé, se esforzaba y en sus intentos decía cosas sin sentido y por obligación. El sexo era fenomenal, ¿y qué? Una relación estable es más parecida a una conversación interesante que a un rato en la cama. Con Lorena nunca tuve una charla realmente motivadora. Al menos, para mí. Es feo comparar, lo sé, pero la última hora con Marcela había sido más interesante intelectualmente que todo mi tiempo con Lorena. Miré de nuevo las partituras. ¿Qué podía aportarme cada una para su ejecución? La respuesta fue muy obvia para mí.

Es posible que lo que hice pareciera apresurado, impulsivo e inmaduro. Quizá sí lo fue. Marcela se movía en mi cabeza con intensidad. Imaginé una vida con ella, no necesariamente toda la vida, pero sí una vida corta, en la que compartíamos la pasión por la música, me hablaba de sus lecturas y yo aprendía con ella; hacíamos el amor a diario, mientras de fondo sonaba Di Sarli o el Cholo Valderrama. Me imaginé una convivencia perfecta, ideal, la felicidad absoluta a su lado —qué ingenuo—. Así que, sin darle tiempo al arrepentimiento, saqué mi celular y escribí un mensaje para Lorena. Mi dedo tembló, pero loforcé a presionar el botón de enviar. De inmediato, recibí mil llamadas que rechacé.

En el mensaje, le agradecí por el tiempo a mi lado, pero que, pese a tantas alegrías, no podíamos seguir juntos. Le dije que no éramos compatibles, que teníamos planes y visiones del mundo muy diferentes, que prefería acabar con lo nuestro de una vez, antes de que fuera más doloroso. Fue un mensaje largo que no recuerdo muy bien. Le mencioné algunos detalles de nuestra convivencia, que en sí mismos no eran graves, pero que hice ver gigantes e insalvables, y le pedí que se llevara sus cosas de la casa.

«¿Por qué no me contestas? —me escribió—. Responde. Cobarde, diga algo». Volvió a llamar. Sí, era un cobarde. Te-

mía la confrontación, pasar por el incómodo momento de dársele a la cara, soportar su llanto o, lo peor de todo, arrepentirme y no consumir la ruptura.

Al final, se cansó de llamar y me dijo que al otro día se llevaría sus cosas. Una sensación de libertad, pero también de vértigo, cayó sobre mi pecho.

«Gracias —le escribí—. Esta noche dormiré donde mis papás». Apagué el celular, que no me molestara más, lo dejé sobre la mesa y pensé en lo fácil que era terminar una relación.

MAQUETADO

MAQUETADO

IV

Regresé a mi casa al día siguiente, media hora antes de que llegaran Cristian y Marcela. Lo hice temblando, con miedo de no saber cómo encontrarla. Era una tarde fría y nubosa. Me bajé de la moto con las manos entumidas y los huesos congelados. Abrí la puerta. No tenía seguro. Aquello me aceleró el corazón. ¿Lorena estaría en casa? Me recibió la sala pequeña y un silencio deprimente.

«¿Lorena?», dije en voz alta. Nadie respondió. Pensé que quizás estaba en la parte de abajo. Bajé las escaleras. La sala grande también estaba vacía y no había rastros de nadie en la casa. Busqué en la habitación, en el sanalejo, en el balcón, en el patio. La llamé por su nombre varias veces. Nadie respondió. Sus cosas no estaban: ni su ropa ni sus instrumentos del hospital ni su maquillaje. Ni siquiera su toalla para la cara. Me sentía extraño: libre, pero con un peso que me apretaba el corazón ante la duda de si había hecho lo correcto. Pero ¿acaso hay decisiones correctas?

En el comedor del piso de arriba encontré la llave que Lorena usaba y una foto rasgada a la mitad de cuando estuvimos en Medellín. Era muy bonita. Estábamos sentados en una banca de la Comuna 13. Al fondo, el sol se ponía y reflejaba su luz hacia nosotros. Las paredes estaban llenas de coloridos grafitis. Lorena me abrazaba con tal dulzura que me provocó una sonrisa genuina. Nos veíamos muy enamorados.

Le gustó tanto la foto en su momento que la imprimió y guardó en un álbum viejo. Nuestra idea era enmarcarla algún día, pero ese día nunca llegó. Lloré lo que pude a Lorena o al recuerdo de Lorena o al miedo de no tener a Lorena. Pero no me malentiendan: en el fondo estaba feliz. No tenía ninguna queja de ella, excepto que nunca me llenó por completo. Nos

faltó esa conexión, que muchas veces no se puede explicar, pero que es tan importante en la vida de una pareja.

Cuando mis estudiantes llegaron, yo estaba en el balcón. Veía con nostalgia una pequeña finca a lo lejos. Pese a la neblina, se alcanzaba a ver su arquitectura cafetera en medio de la nada. El timbre sonó y les abrí. Llegaron ambos en la moto de Cristian y traían el casco todavía puesto. Marcela se quitó el suyo y se me antojó abrazarla.

Quise pedirle que me apretara fuerte, que me dijera que todo estaba bien y que había tomado la decisión correcta. Al contrario, solo le di un beso en la mejilla y a Cristian le apreté la mano. Mi pesadumbre se esfumó cuando llegaron y, antes de yo hablar, me contaron que en el camino se les ocurrió una idea para interpretar las notas.

—¿Qué tal si no es una sola nota, sino la combinación de dos? —dijo Cristian.

Le pedí que se explicara.

—Es como cuando se une el azul y el amarillo —dijo Marcela—. Se crea un nuevo color, el verde. ¿Y si unimos un Do y un Fa?

Quise decirles que la música no funcionaba así, que las notas no se podían fusionar, que a lo sumo tendríamos un acorde o un intervalo. Pensé en hacerlo, pero me callé. Eso sería lo que mis colegas músicos hubieran dicho. Yo no podía caer tan bajo. Me convencí de que era una buena idea y, de pronto, los pensamientos sobre Lorena se esfumaron.

—Pues vamos a intentarlo —dije.

Preparé, ya que venían de la universidad y de seguro no habían comido nada, chocolate caliente y arepa con queso.

—Es una casa muy grande para usted solo —dijo Marcela. «Es verdad —pensé—, ahora es únicamente para mí. Nunca la había habitado sin nadie más». Aquel pensamiento me causó una especie de miedo. Marcela continuó—: Y con esta vista todas las mañanas, usted debe vivir muy feliz aquí.

—Además, es muy tranquilo —comentó Cristian.

Hablamos de la casa y la vereda mientras comíamos. Les conté que estaba ubicada en lo más alto del Alto del Naranjo y que, por lo mismo, no tenía vecinos cerca. La casa más próxima estaba a unas dos cuadras de distancia, aunque permanecía sola. Los dueños iban de vez en cuando y la usaban como casa de descanso.

Cuando mamá me la heredó, un año atrás, la casa era dos pequeñas casitas separadas por un jardín angosto. En la parte de abajo vivía una tía, que murió, y la parte de arriba era una construcción fallida y sin terminar. De a poco, con lo que ganaba en los conciertos con mi banda y en las clases particulares, la remodelé hasta unir ambas estructuras. Se entraba por arriba, pues estaba construida en una loma, en la que se encontraba una cocineta, un pequeño comedor, una pequeña sala y un gran estudio.

En la parte de abajo, dejé un cuarto de invitados, que servía de cuarto útil, la habitación principal, grande y con balcón, una cocina amplia, la sala principal y el baño central. Tardé en hacerlo a mi gusto, pero quedé muy satisfecho. El patio lo dejé tal cual, cubierto de pasto y con algunas plantaciones de sidra, tomate cherry, albahaca, un árbol de limón, otro de plátano y unas matas de café.

Terminamos de comer. Marcela se ofreció a lavar los platos, cosa que le prohibí, y nos metimos al estudio a experimentar. Esa era la palabra: experimentar, probar suerte, intentar, al azar, reproducir notas que jamás habían sido reproducidas.

—¿Es así, maestro? —preguntaba Cristian.

—¿Está cerca esta nota a alguna de las de sus partituras? —preguntaba Marcela.

—¿La ha escuchado? ¿Es esta? ¿Es más grave?, ¿más aguda? —preguntaban ambos.

Qué difícil era explicarles cómo sonaban. Era como intentar describirle el color rojo a un ciego de nacimiento. En todo caso, aunque los resultados eran infructíferos, aquello nos resultaba motivador a los tres y, por alguna razón, nuestro ánimo no caía. En especial en Cristian, que me decía, con algo de emoción infantil, que lo íbamos a lograr, que de eso estaba seguro.

La tarde se puso más fría al atardecer. Les preparé un manizaleño —café con un *shot* de aguardiente, un *shot* de ron y miel— para calentarnos un poco. Me pidieron otro y otro, hasta que nos puso más alegres. Así que estuvimos ensayando hasta entrada la noche y Cristian se dio cuenta de que iba a llover.

«Debo irme —nos dijo—. No me quiero mojar». Asentimos, pero nos dimos cuenta de una situación: Cristian, que vivía a diez minutos de mi casa, no podía —o no quería— llevar a Marcela hasta la suya, a unos cuarenta. Al final, como quien no quiere la cosa, le ofrecí a ella que se quedara conmigo. No fue difícil que aceptara. Le dije que el cuarto de invitados era cómodo y que nadie la molestaría.

No me haré el moralista. No aquí. No mientras escribo esto, porque me interesa que mi historia se recuerde tal cual sucedió. Cuando Cristian se fue, le ofrecí a Marcela algo de beber. Mi intención era que estuviéramos más relajados y que nuestras palabras y acciones fueran desinhibidas. Ella se quedó en el estudio. Fui a la cava y saqué una botella de vino Carmenere de Chile.

—¡Qué bueno que Cristian se fue rápido! —le grité desde la pequeña sala—. ¡Ya está lloviendo!

Solo escuché su débil «sí». Serví dos copas generosas y las llevé al estudio. Marcela ojeaba los libros de la biblioteca. Me recibió el vino y bebió un trago sin quitar la mirada de un libro de Gabriel García Márquez.

—Gracias a este libro —me dijo—, me enamoré del amor. ¿Ya lo leyó?

Le respondí que no, que lo tenía en lista.

—Es muy lindo —continuó—. Florentino se enamora de Fermina desde que son niños. A pesar de que es un amor imposible, porque pertenecen a clases sociales muy distintas, e incluso ella se casa con otro, Florentino trabaja incansablemente para estar a su altura y poder estar con ella.

—¿Lo logra? —pregunté.

—Sí —respondió—, después de cincuenta y un años, nueve meses y cuatro días.

La novela la compré tras un impulso por querer leer más en una feria del libro. Nunca pude con ella. Me abrumaba el lenguaje lento y su extensión. Prefería libros cortos y ágiles para no tener la sensación de estancamiento.

»¿Has leído este? —me preguntó.

Se refería a *La naranja mecánica*, de Burgess. Le dije que sí, aunque en realidad solo me vi la película. Me habló del lenguaje que se inventó el autor, de cómo algunas ediciones traían glosario y cómo le cambiaron el final en la versión gringa.

»Este me encanta. —Y señaló *El retrato de Dorian Gray*.

—A mí también me gustó mucho —dije y me alegró que mencionara uno que sí leí.

Se acabó su vino, fui por más, y continuó hablándome de autores y libros que tenía en mi biblioteca: de Jorge Franco pasó a Fernando Vallejo, de Vallejo a Nietzsche, de ahí a Schopenhauer, Sartre, Camus, Kierkegaard. Luego, hablamos del libro que yo leía, uno de Damián Mirlo, que ella había leído también. Dijo que le había gustado, pero que el último relato era bastante extraño.

—¿Por qué lo dices? —pregunté.

—No parece un cuento, sino más bien un documento histórico sobre dioses antiguos.

—Ya lo leeré —me faltaba poco por acabar el libro— y lo discutimos.

Después, hablamos de Servín y otros autores latinoamericanos. Mencionó a Fernanda Trías, a Bazterrica, a Marvel Moreno y a Laura Ortiz. Reconocí, con vergüenza, que jamás las había escuchado nombrar. De mis libros de música, sin embargo, ni dijo nada. Para entonces, estábamos sentados frente a la biblioteca y hablábamos de cerca. Sentí su aliento y el vaho que entraba por mis fosas. Afuera, caía un aguacero intenso y cada vez hacía más frío. El calor del vino nos mantenía activos.

—Debiste estudiar Literatura —le dije.

Ella respondió que sí con una mirada melancólica.

—Aunque hubiera preferido Filosofía —concluyó.

No me sorprendió. Era sumamente curiosa y le interesaba resolver acertijos. No le apasionaba la música como a Cristian o a mí. Si estaba tan comprometida con mi pieza musical, era precisamente por el capricho de conocer lo desconocido.

—¿Cuál es tu filósofo favorito? —le pregunté. Dudó, pero dijo que si tuviera que elegir a uno sería a Kant—. ¡Ah!, el del imperativo categórico —exclamé triunfante.

Me dijo que sí y que, aunque fuera tan conocido por su ética, era lo que menos le gustaba a ella de él. Prefería su estética y su epistemología. Me habló de lo sublime y de la cosa-en-sí; del *sensus communis* y del entendimiento puro. Aunque no sabía mucho al respecto, le pregunté con genuino interés cada cosa que se me ocurrió.

De Marcela me gustaba su cuerpo delicado y pequeño; me gustaba su rostro inocente, su cabello negro y su boca delgada; me gustaba que vistiera con blusas sueltas y pantalón holgado, siempre con tenis, sin querer aparentar; me gustaba que fuera al natural, no usara maquillaje ni se arreglaba en exceso el cabello; me gustaban sus manos frágiles, sus uñas

cortas y sus pies pequeños; me gustaban sus gafas, que le daban cierto aire intelectual. Sin embargo, lo que más me gustaba de ella era su cabeza.

Cuando me hablaba del existencialismo, de estética, de ontología, me sentía pequeño a su lado. La observaba con la admiración con la que un estudiante ve a la profesora de la que se enamoró. Igual cuando me contaba de los libros que leyó. Sentía que los roles se intercambiaban y eso me gustaba. ¡Hacía cuánto que no llevaba una conversación tan motivadora a nivel intelectual!

Fui por más vino. La botella estaba casi vacía. Serví el resto en la copa de Marcela y busqué más para destapar. Entonces la vi: estaba acostada dentro de una de las aberturas de la cava con el corcho bien puesto. Un escalofrío me recorrió completo. ¿Cómo había podido olvidar su existencia? La saqué —no sé por qué temblaba—, destapé y olí. Su aroma me cautivó como la primera vez. Pensé servir mi copa y servirle también una a Marcela, pero creí que sería un desperdicio. Llené mi copa hasta menos de la mitad, tomé un sorbo, ¡qué elixir!, y regresé al estudio.

Un aura iluminaba a Marcela. En medio de la oscuridad del campo, y la lluvia intensa, se veía radiante como una diosa. La miré con amor. La pensé con amor. La besé con amor. Ella se dejó hacer. Fue un beso suave, tierno, en el que le decía que la quería sin decirlo. Separamos nuestros labios como si nada hubiera ocurrido y continuó hablándome de filosofía. No sé realmente sobre qué hablaba: sus labios se movían, pero no entendía sus palabras, como si hablara en otro idioma. Mi mente no estaba en la charla, estaba en su cuello, en su boca, en su pecho que deseé con todas mis fuerzas besar.

Mi vino se acabó pronto y como si de ello dependiera mi vida, la volví a besar con pasión. Salvaje. La toqué toda y la

lleve hasta mi habitación sin despegarme de su boca. Ella correspondió e, incluso, me pedía que la tocara y le hiciera más. Terminé, o terminamos, no lo sé, así como tampoco sé cuánto tiempo pasó, y nos dormimos desnudos, ella abrazada a mi pecho. Le di un beso en la frente y acaricié su cuello, mientras pensaba en mi pieza musical.

MAQUETADO

V

Desperté a las dos de la mañana. Aunque aún llovía, el aguacero ya no era intenso y ya se escuchaba el viento golpear contra la fachada. Marcela estaba a mi lado. Dormía profunda. Acaricié su espalda desnuda, sus nalgas y sus piernas. Intenté dormir de nuevo sin éxito. Un leve mareo y una sed intensa me lo impedían. Además, como si hubiera dormido ya mucho tiempo, estaba sin sueño. Me levanté despacio para no despertarla, me puse una camiseta, una pantaloneta y mi ruana. Fui a la cocina a tomar agua.

Los miércoles tenía clase en la tarde, así que no me preocupaba no dormir bien, ya lo haría en la mañana, pero ¿y Marcela? No se lo pregunté antes. Si tenía clase temprano, tendría que llevarla. Sería de muy mal gusto que, como lo hacía Lorena, se fuera en Jeep, en la incomodidad de los asientos de metal. Aunque me abrumaba la posibilidad de tener que hacer el viaje hasta la universidad, y regresar sin haber dormido bien, me tranquilicé con la idea de que, si se había quedado a dormir, así tan tranquila, sería porque no debía ir a la universidad temprano. Aquello me pareció lógico. Pensé, entonces, en sentarme a leer, quizá prepararme un café, mientras me regresaba el sueño.

De repente, mientras terminaba mi vaso de agua y meditaba qué hacer, con el pensamiento lento por el mal dormir, escuché un grito a lo lejos que me heló la sangre. Un grito agudo, carrasposo, que provenía de las mismas entrañas del infierno. Con el corazón a punto de salirse, corrí hasta el balcón de mi habitación. No me importó Marcela ni despertarla al abrir la puerta ni al correr el ventanal, sino que llegué y miré a lo lejos con el objetivo de descubrir la causa del grito.

Oscuridad casi total. Silencio absoluto. La lluvia caía sobre mi rostro. La luna llena se mostraba en un cielo estrellado

que parecía hecho por un pintor posimpresionista. Abajo, en medio de tanta negrura, solo se veía la pequeña finca cafetera con la luz de una habitación encendida. No sé explicar mi urgencia por saber qué había ocurrido. Pensé en despertar a Marcela, que dormía profunda, pero ¿para qué? Me puse tenis, salí camino entre matas de café, guiado por la luz de la finca.

Caminé cuesta abajo hasta llegar al límite de la cañada. Allí hacía bochorno, a pesar de estar a solo unos minutos a pie desde mi casa. La finca estaba cerca. Caminé rápido entre las plantas y el lodo. Mis zapatos estaban negros a pesar de ser blancos y mi ruana estaba empapada. Avancé con dificultad. No escuchaba ni el viento ni los grillos, solo el latir de mi corazón y mis pies arrastrándose entre la maleza.

Llegué, al fin, a la entrada de la finca. Se escuchaba una pelea adentro. Un hombre le decía no sé qué a una mujer y ella le respondía con otro no sé qué. Caminé despacio en dirección a la ventana que proyectaba la luz. Quise entender lo que decían, pero era como si fueran extranjeros, o muy locales, y hablaran su propio idioma. Me asomé, como pude, en el preciso instante en que el hombre, alto y de pelo negro, largo y recogido, asestaba un cuchillo de cocina en el cuello de la mujer, joven y morena, justo debajo de su oreja. Ella palideció de horror. Se cayó y abrió sus ojos blancos. Miró al hombre con cara de «¿por qué me hiciste esto?, ¿cómo pudiste?», y lanzó un último gemido que me enfrió la sangre. El hombre sonrió y volteó a verme con sus dientes exhibidos.

Corrí tan rápido como pude, con la sensación de ser perseguido y de que, en cualquier momento, me alcanzaría una mano, un cuchillo o una bala. Pasé entre los matorrales sin precaución de cortarme o enredarme entre las raíces —y, en efecto, me corté y enredé—. El gemido de la mujer retumbaba en mis oídos. Era un eco del cual no me podía liberar, al que,

a pesar de la situación, me aferré con fuerza y me dio la energía para llegar a mi casa, pese a las circunstancias, pese a la subida cuesta arriba en medio de la oscuridad.

«No quiero morir», me dije en voz alta, porque tenía la certeza de que aquel hombre flaco, lampiño, y de dientes muy blancos, me seguía el paso, cuchillo en mano.

Entré a mi casa. A partir de entonces, todo se hizo demasiado confuso. Lo recuerdo al detalle y, sin embargo, no le doy crédito a mis emociones. Llegué, temblando, muerto del miedo, con el resonar del último gemido de la mujer en mi cabeza. Solo fue cerrar la puerta para que todo desapareciera. Olvidé al hombre que me perseguía, o que yo creía que me perseguía, la agitación y el sentimiento de persecución.

Era como si aquello no hubiera ocurrido y solo fuera el producto de un mal sueño o como si hubiera salido del trance por alguna sustancia alucinógena. Pese a eso, el gemido seguía en mi cabeza. Sonaba con tanta fuerza y se repetía tan insistente que me obligó a reconocer lo que ya sabía, pero que me negué a aceptar desde un principio: la mujer, antes de morir, gimió en la nota 1.

Sentí una llama que crecía en mi pecho ante el descubrimiento de esa verdad. Mis ojos sintieron ganas de llorar. ¿Cómo era posible aquello? ¿Fue producto del azar? ¿La mujer tenía un don?, ¿o solo fue producto de mi imaginación? No, no. No me lo pude haber imaginado. Conocía mi composición de pies a cabeza. Era imposible que me equivocara.

Me serví un vaso de agua en la cocina. Necesitaba respirar, calmarme y, sobre todo, apagar el fuego que crecía en mi interior. Bebí un poco. Luego, solté el vaso de vidrio, que se estrelló y rompió en pedazos, cuando me llegó un pensamiento aterrador: ¿y si no volvía a escuchar nunca más esa nota? Antes, por lo menos, jamás la había sentido por fuera de mi cabeza y podía vivir con ello, pero, ahora, se había he-

cho corpórea y era más bella, mucho más bella —Dios, ¡imposible que fuera tan bella!— de lo que había pensado. La vida se vuelve insoportable luego de conocer la perfección.

Me limpié las lágrimas con la ruana. Me la quité. Estaba mojada y sucia de lodo. Caminé despacio hasta la habitación donde dormía Marcela, mientras me preguntaba qué sería de mi vida si jamás la escuchaba de nuevo. Luego, pensé en otra posibilidad aún más trágica: interpretarla por azar, vivir la más maravillosa de las experiencias, regocijarme en ella, pero no poder interpretarla de nuevo. No sería capaz de vivir con esa carga, no podría, no podría...

Me arrastré hasta Marcela, con las lágrimas en los ojos de nuevo. Débil y trémulo por mis pensamientos, me subí a la cama e intenté despertarla con todas las fuerzas que me quedaban, que no eran muchas. Mi voz no salía. Quise gritarle: ¡la encontré! ¡Por fin, escuché la nota 1! ¡Lo hice! Quise compartir con ella mi alegría, pero también mi dolor, decirle: «Sin embargo, es demasiado grande para mí. No podré escucharla nunca más. Mi vida ha perdido todo el sentido». Pero no pude. Mis manos cansadas no fueron suficientes para despertarla. Todo empezó a dar vueltas y un cansancio súbito me llegó. Caí de lado en la cama y cerré los ojos.

DESARROLLO

MAQUETADO

I

Cuando desperté al día siguiente, Marcela estaba en la cocina, preparaba el desayuno. Me levanté con dolor de cabeza y una sensación de urgencia. Me puse las chanclas y mi ruana para no andar desnudo por ahí, y salí al comedor. Hacía un buen día. El sol se alzaba imponente y, aunque el frío mañanero se sentía aún, era presagio de un día caluroso. Marcela estaba descalza y con una camiseta que le quedaba grande —que, de seguro, agarró de mi armario— y que apenas le cubría las nalgas. Preparaba huevos revueltos, arepa con queso, chocolate y pan. Me saludó con alegría y me preguntó cómo había dormido.

—Bien —respondí.

«¿En realidad dormí bien?», me pregunté. Algunas imágenes llegaban a mi mente.

Llevó los platos al comedor. Se acercó a mí y me dio un suave beso en los labios. La miré y sonreí. Qué linda la ponía la luz de la mañana. Y verla así, al natural, con el pelo revuelto y sin bañarse, me pareció algo muy íntimo. Sentí deseos de decirle «te quiero» en un arranque de amor. Me contuve y me dejé llevar de la mano hasta el desayuno.

Le pregunté a qué hora debía estar en la universidad. Me respondió que la única clase que tenía ese día era la de Música.

»¿Y mañana? —pregunté con la esperanza de que me dijera que la mañana la tenía libre o que, al menos, no madrugaba, para yo decirle que se podía quedar también esa noche si quería.

En efecto, me respondió que tenía clase a las dos, pero no me atreví a pedirle que se quedara. Hubo un breve silencio. Mordí mi arepa, comí un poco de huevo, le eché el queso al

chocolate. Sentí la necesidad de decir cualquier cosa para llenar el vacío y le pedí que me contara si no había nada que realmente le gustara de su carrera. Ella meditó un poco y dijo que Administración era una carrera muy técnica.

—A uno lo entrenan para hacer —dijo—, le enseñan cómo debe administrar, pero casi nunca se quedan en el porqué ni nos invitan a reflexionar. —Bebió de su chocolate. Noté que también le había echado el queso, detalle que me emocionó, y continuó—: Aunque el semestre pasado, tuve una clase que me encantó. La daba un viejito hermoso, muy tierno e intelectual. Nos decía que lo único que nos diferenciaría de los demás administradores era nuestra cabeza. Nos ponía a pensar mucho. Me gustaba porque preguntaba de filosofía y nunca daba las respuestas.

—¿Gabriel? —pregunté por preguntar. Era el único profesor de Administración con el que hablaba y el único viejito también.

—Sí —respondió emocionada—. ¿Usted lo conoce?

Le conté que a veces tomaba café con él, pero que nunca hablábamos de filosofía y menos de administración. Terminé mi desayuno, recogí los platos de Marcela y los llevé al lavaplatos.

»Déjeme los lavo yo —me dijo. Me negué. Le dije que, si quería, se bañara y le indiqué dónde podía agarrar una toalla—. Está bien —respondió—, y después seguimos ensayando.

Ella se fue y yo me quedé derrumbado con el jabón y la esponja en las manos. ¿Ensayar qué si, ahora lo sabía, era imposible reproducir las notas en algún instrumento? Estaba convencido de eso. Podríamos intentarlo en cualquiera: un cristal baschet, un órgano de viento sin tubos, una cítara de sombras; podríamos volvernos expertos en cada uno; podríamos agotar todos los sonidos posibles y nunca alcanzaríamos ni siquiera la nota más sencilla, la nota 1.

Lavé los platos y me metí a bañar yo también. Estaba sin energías. Quería quedarme todo el día bajo la ducha con tal de no salir y afrontar la realidad. ¿Qué le diría a Marcela? ¿Que olvidara todo?, ¿que nuestra empresa era un sinsentido? ¿Con qué cara le diría a Cristian que me rendía, que había fracasado? El agua caliente bajaba por mi rostro cuando llegó a mí la imagen de la mujer y el sonido de su último gemido. ¿Y si aquella nota se alcanza con la voz? «Al fin y al cabo —pensé—, es el instrumento musical por naturaleza». No tiene las limitaciones de haber sido creado por el ser humano, sino que, al contrario, fue creado por Dios.

Además, ¡Marcela era cantante! Y una muy buena. Tenía un rango vocal grande, una afinación impecable y un timbre cristalino. Cerré la llave del agua, me vestí tan rápido como pude y corrí hasta Marcela a contarle mi idea. Ella me miró alegre y dijo que le emocionaba ser ella quien emitiría la nota. Qué cosas tiene la vida, que se pasa de la tristeza a la alegría de un momento a otro. Y qué animal es el hombre que, en los momentos de éxtasis, se enamora y salen a flote sus instintos más básicos. Besé a Marcela, a quien sentí que amaba en ese momento, y le hice el amor con pasión.

Ensayamos toda la mañana y toda la tarde. Avisé que no daría clase y le pedí a Cristian que fuera cuando pudiera. Intentamos notas sostenidas que íbamos modificando de acuerdo con cómo sentíamos que sería interesante probar. Yo la acompañaba a veces con el piano, otras veces cantaba a *capella*, y nunca perdimos el foco.

Estaba concentrado en la nota 1 y supongo que Marcela se dejó contagiar de mi seriedad. Ella cantaba en medio de la sala, mientras yo le daba indicaciones. Lo hacía con firmeza y ella respondía sin chistar. Almorzamos rápido. Aún había frijoles, arroz y carne que Lorena había preparado. Marcela fritó tajadas de plátano maduro y preparó café en aguapanela.

— ¿Usted cree que hemos avanzado?

— Sí —respondí con honestidad mientras comíamos—. Tienes una voz bellísima. —Ella sonrió—. Además, tu voz es mucho más flexible que cualquier instrumento. Eso es una gran ventaja.

Luego, me preguntó si en algún momento había sentido cerca la nota o si nos faltaba bastante. También me preguntó, cosa que no había pensado hasta entonces, cómo la integraría a la composición general cuando la obtuviera. Me reí con nervios. ¡No lo sabía! Aquello me abrumaba.

A veces pienso que la vida del ignorante y conformista es mejor, más sencilla. No se preocupan por lograr nuevas cosas, por superarse o innovar. Están ahí: viven su vida en rutina, sin grandes sorpresas, y solo se tienen que preocupar por trabajar, comer, dormir, coger e ir al baño. Envidié a ese tipo de personas. Si fuera así, hubiera valorado a Lorena, que me daba la paz y la estabilidad con la que tantos sueñan; me enfocaría en mis clases, en ser un buen profesor, y en escalar poco a poco en la universidad; saldría todos los domingos con Lorena a almorzar y pasear; envejecería con ella y moriría en medio del tedio.

— No sé cómo incorporarlas —respondí.

Con Marcela me sentía en la libertad de ser vulnerable, con la confianza de decirle «yo tampoco sé hacia dónde vamos. Estoy tan desorientado como tú».

— Estuve pensando en eso —me dijo—. Deberíamos grabar todos los ensayos. Imagínese que en una de esas llegamos a la nota por azar y después no sabemos cómo lo hicimos.

Sonreí incrédulo. Ahora, me parece una solución obvia, pero que no se me había ocurrido en ese momento.

— Incluso —dije—, cuando la tengamos, la editamos para separarla y modificamos un teclado eléctrico para que la toque. ¿Cómo la ves?

Ella dijo que era una gran idea y que no deberíamos perder más tiempo. Eso lo dijo con buena intención, pero la pesadez de unos frijoles trasnochados nos hizo querer acostarnos cinco minutos, que al final se convirtieron en una hora. Dormimos abrazados, como dos tortolitos, como una pareja de enamorados, como unos recién casados que nunca se quieren separar.

Puse mi celular a grabar el audio del estudio. Verifiqué que tuviera suficiente espacio y que el sonido se reprodujera bien. Le conecté un micrófono semiprofesional que compré en pandemia y seguimos ensayando. Cristian llegaría después de las seis y quería sorprenderlo con una de las notas ya capturadas. Ensayamos dos horas, ella mostraba mucha energía y, pese a todo, yo seguía con la motivación arriba.

En algún momento, le pregunté si estaba cansada, si quería parar un rato. Me dijo que no y me explicó que tenía la sensación de que estábamos muy cerca.

—Detenernos —me dijo— podría significar perder lo que hemos avanzado.

Le dije que estaba bien, sobre todo porque yo compartía la misma sensación. Su voz era más amplia y, quizá gracias al agotamiento, había llegado a tonos poco convencionales. Sin embargo, como ya hacía hambre, fui por queso y jamón, que preparé en el estudio para no perder el ritmo. Mientras ella cantaba, yo le daba indicaciones y cortaba el queso en mi escritorio. Luego comimos, lo cual consistió en un breve descanso, y le pedí que continuara así, que pronto íbamos a llegar.

La senté en una silla en medio del salón. «Cierra los ojos», le dije. Toqué algunos acordes en el piano y le pedí que cantara. Primero fue un La sostenido, que migró a un Si y se metamorfoseó, como habíamos ensayado, en tonos extraños.

«Continúa», le dije. Ella continuó. La voz se elevó de un modo que no había hecho antes. Carraspeó un poco la garganta y lanzó un breve gemido. No era un sonido lastimero, sino de cansancio, que me trajo imágenes que había olvidado: las matas de café; la finca cafetera; la sonrisa del hombre que me miraba; la mujer que gimió en la nota 1 con el cuchillo en su cuello.

Un dolor de cabeza me absorbió y el salón me dio vueltas. Me sostuve para no caer. «Sigue —grité—. Continúa. No pares». El recuerdo del gemido de la mujer me hizo temblar. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Sentí la necesidad incontenible de escuchar de nuevo esa nota.

«Más alto, más, más —supliqué—. Por favor, ya casi». Me aferré a la pared para no caer, mientras dentro de mí retumbaba el gemido de la mujer de la finca. La vi de nuevo. El cuchillo en su garganta. La mirada del hombre. La sangre que brotaba por su cuello. Los dientes que me sonreían. El gemido hermoso, perfecto, el más bello que había oído jamás. Esa nota, esa nota... La volví a escuchar. ¡Era más bella de lo que recordaba! Me elevó por encima de la habitación unos segundos y me regresó a mi posición. Quise llorar de emoción, pero me quedé petrificado.

«Es lo más hermoso que alguien me ha regalado —le dije a Marcela—. Te amo». Yo estaba detrás de ella, con los ojos cerrados para no caerme. El mundo me daba vueltas y la emoción no disminuía. Ella no respondió. Pasaron unos segundos de silencio, me bajó el mareo y, al fin, abrí los ojos. Mis manos estaban rojas, sangre goteaba y manchaba la cerámica de ajedrez. Mi mano derecha apretaba el cuchillo que Marcela tenía clavado en el cuello.

II

Cristian llegó a mi casa después del atardecer. Escuché el rugir de su moto, que luego se apagó, el casco que se quitaba y el timbre sonar. Yo estaba sentado en el sofá. Miraba mis manos que, aunque en un ataque de descontrol había lavado desenfrenadamente, seguían manchadas de muerte. ¿Cómo ocurrió?, ¿cuándo?, ¿por qué? Me lo pregunté tantas veces que ya se habían agotado las respuestas. El timbre volvió a sonar.

—Ya voy —dije con voz débil.

Me levanté como pude. Arrastré mis pies con la resignación del preso que va a la silla eléctrica. No tenía sentido ocultarlo. ¿Para qué? La mujer que yo amaba, o creía que amaba, estaba muerta por mi culpa. Yo era el peor ser humano del planeta, aunque esto suene a cliché, pero así me sentía. Merecía el peor de los castigos.

Abrí la puerta. Debió haberle impactado mi cara pálida, mis profundas ojeras y mis manos trémulas, pues, de inmediato, me abrazó y me llevó hasta el sofá.

—¿Qué le pasó, maestro? —preguntó.

No podía respirar y era incapaz de hablar. «Le diré que la maté», pensé. Todo por una estúpida nota. Se lo diré todo y que llame a la policía. No me importa. Lo merezco. Mi voz tardó en salir.

—Hice algo horrible —dije entre lamentos. Me eché a llorar.

—Tranquilo, maestro. —Fue por agua y me dio de beber—. Relájese y cuénteme qué ocurrió.

—Conseguí la nota 1 —dije—, pero a qué costo, por Dios. ¡A qué costo!

—¿Qué hizo? —preguntó con una tranquilidad que me sorprendió. Al contrario, una breve sonrisa se mostró en su rostro cuando le dije lo de la nota.

—Marcela... —tartamudeé.

No pude decir más. Le señalé el estudio y le pedí que fuera con un gesto con la cabeza. Me faltaba el aire.

Cristian se levantó y entró a la habitación. Esperaba gritos de desesperación e insultos hacia mí. Estaba preparado para todo eso. Las primeras gotas de lluvia cayeron y, con ellas, mis lágrimas. Los segundos pasaron y Cristian seguía en el cuarto. Escuché que caminó por el estudio y tomó el celular que todavía grababa. Lo regresó a los últimos segundos de vida de Marcela y lo escuchó todo. Mis gritos desesperados que le pedían más, que siguiera, que no parara y... Me tapé los oídos. No quería escuchar esa nota de mierda que me había arruinado la vida. ¿Cómo podía estar tan tranquilo? ¿Por qué no gritaba y lloraba, como yo, la muerte de Marcela?

Transcurrieron un par de minutos que me parecieron eternos. Cristian había escuchado la nota. Pensé que el impacto para él debía haber sido enorme, incluso más que para mí, pues, al menos, yo ya la había sentido en mi cabeza. Él era virgen de perfección. Los ojos se le abrieron sin filtros y miró directo a la luz luego de haber vivido en la oscuridad. Ya no sería capaz, como yo, de disfrutar la música que antes disfrutaba, ni de interpretar alguna melodía sin sentirse mediocre. Después de haber conocido la perfección, es imposible conformarse con menos.

Salió lívido. La cara blanca se ocultaba tras el pelo negro que le caía por delante. Tambaleaba y se sostenía del marco de la puerta para no caerse.

—No lo puedo creer —dijo con voz débil y cortada.

Yo me eché a llorar porque creí, equivocado, que se refería a Marcela. Se sentó a mi lado y dijo, aún temblando, que era lo más bello que había escuchado jamás. Dijo «bello»,

pero la palabra se quedaba corta para describir lo que realmente era. Quizá majestuosa, o divina, aunque también fueran demasiado pequeñas. Escucharla, a pesar de ser solo la primera nota, era la experiencia más vigorosa que alguien pudiera sentir. Por su tonalidad, uno se acercaba a la muerte, uno se sentía desfallecer.

Esto puede parecer extraño. Para mí lo fue y lo es incluso en este momento: no hablamos de Marcela hasta media hora después.

»No nos mintió, maestro —dijo—. Es mil veces. No: un millón de veces mejor de lo que imaginé. Nunca pensé que un sonido así existiera y que pudiera hacer tanto en una persona.

Aunque yo seguía pensando en Marcela, me dejé contagiar de su emoción, pues, a pesar de todo, era una emoción que yo había vivido recientemente.

—Lo mejor —dije— es que esa solo es la nota 1. Son siete, Cristian. Cada una es superior a la anterior.

—No puede ser —dijo—. No puede ser...

—También pensé —repuse— que cada nota representaba un sentimiento. —En realidad, hablaba mientras reflexionaba—. La nota 1, como ya supiste, lo acerca a uno a los límites de la muerte. Estoy seguro de que, en el instante previo antes de irse al otro mundo, uno siente lo que produce ese sonido. Llamémosla, de ahora en adelante, Mo. La nota 2, que llamaremos De, tiene una tonalidad más nostálgica y recuerda los momentos de mayor decepción, como el de la madre que, a pesar de sus esfuerzos por educarlo bien, se entera de que su hijo es un asesino.

Cristian, que se veía más tranquilo, me miraba con seriedad. Creí que me juzgaba, que pensaba cómo era posible que hablara de eso mientras el cadáver de Marcela estaba en la habitación de al lado. Me equivocaba. Él estaba sumergido en una profunda reflexión.

—¿Cómo es posible que De sea más intensa que Mo?
—preguntó—. ¿Acaso la muerte no es lo peor y no hay nada que la supere?

Pensé un poco en su pregunta y le dije que no.

—De los peores destinos, la muerte es el menos cruel. El que muere, olvida pronto que ha muerto. En cambio, al que se le muere un ser amado, carga el resto de su vida con ese sentimiento. La nota 3 —continué— corresponde al lamento. La llamaremos Lam. La nota 4, se llamará An porque recuerda a la angustia. La nota 5, la más triste y desoladora de todas, será Me, pues se acerca a la melancolía. La nota 6 será Su, ya que denota sufrimiento.

»Y la nota 7, Cristian, es la antítesis de las seis notas anteriores. No sabría describirtela en realidad. Es como si tomaras las otras notas y las sumaras, pero que el resultado, en vez de ser lo más trágico que hayas escuchado jamás, sea lo más extasiante: un estado de plenitud, gozo, alegría. El más grande y el mayor de todos los estados posibles. Por eso llamaremos a esta nota Ex Mayor. Es, además, la última nota de la partitura, con la que cierra la obra y con la que se dice: a pesar de tanta muerte, decepciones, lamentos, angustias, la vida al final es el mayor gozo que hay.

Cristian me escuchó atento y se sirvió una copa de vino. ¡Mi vino! Sirvió también una para mí, que recibí con gusto. Luego, me preguntó, con una frialdad que me sorprendió, si para conseguir las otras notas era necesario matar. Tomé de mi copa, pensé en Marcela y, con un nudo en la garganta, respondí que sí.

»Tal y como lo veo —le dije— las notas no son terrenales. Hay, y no quiero sonar esotérico con esto, una conexión con dioses y demonios que ignoro, pero que solo se puede alcanzar con la muerte. Esto es porque cuando estamos a punto de morir, es el único momento en el que estamos en ambas dimensiones: la vida y la muerte. En ese instante se abre un

portal. A través de él, cruzamos al más allá, pero a veces también se cuelan cosas para acá.

Lo que dije, lo dije de manera semiautomática. Creía en lo que decía, tenía sentido, pero nunca se me hubiera ocurrido a mí solo. El vino me ponía a hablar más de la cuenta. Las palabras llegaban a mi cabeza como un bombardeo de pensamientos, imágenes, argumentos y revelaciones divinas. Me sentí iluminado con la verdad absoluta que llegaba a mí a través de una epifanía.

Terminé mi copa, Cristian igual, y lamenté que quedara tan poco en la botella. Luego, como si un choque de realidad llegara a mí, le pregunté a Cristian qué haríamos con Marcela.

—Vamos —dijo.

Nos pusimos en pie y caminamos con decisión hasta el cuerpo. La miramos con curiosidad.

—Lo más conveniente —dije—, es enterrarla en el patio.

Lo pensé porque fue lo que me pareció más obvio.

—No sé —respondió él—. ¿Tenemos una pala?

—No —dije.

—¿Pasto sintético o falso?

—No.

—El lugar en el que primero buscarían un cuerpo sería el patio y, ¿no cree que sea muy sospechoso que la tierra esté desordenada?

—Es verdad —dije.

—¿Y si la arrojamamos entre las matas de café? —preguntó.

Le dije que no convenía. Pronto era tiempo de cosecha y los recolectores de café andarían por ahí. Al final, luego de pensar en otras soluciones —descuartizarla y dársela a los perros; conservarla congelada; disolverla en ácido; regalarla como carne molida para empanadas—, decidimos llevarla hasta la cañada y dejar que el riachuelo se la llevara lejos.

Era de noche. Llovía poco. Con cuidado de no caernos, bajamos con Marcela a cuestras. Yo la alzaba de las axilas y Cristian, de los pies. El cielo nocturno, la oscuridad abrumadora y el silencio casi absoluto nos hicieron realizar nuestra labor sin decir ni una sola palabra. Ya sabíamos por dónde caminar, qué ruta tomar, a qué velocidad y hasta dónde llevarla, como si lo hubiéramos planeado a detalle. Bajamos el kilómetro hasta la cañada y la dejamos sobre el agua. Le di un suave beso en los labios, a modo de despedida, y le dije «gracias». Cristian solo observó, y empujó, cuando todo hubo concluido, el cadáver de Marcela para que la corriente se lo llevara. La vi alejarse en un río cada vez más oscuro.

Subimos en silencio, cada uno en sus reflexiones. Yo pensaba en Marcela, cómo no, pero no con tristeza, nostalgia o arrepentimiento. Lo hacía con gratitud. Pensé, y me convencí de ello, que, si hubiera sido decisión suya, hubiera elegido morir. Era un sacrificio necesario para lograr la perfección. Ella siempre lo quiso. Le obsesionaba descubrir misterios, encontrar verdades. Esta era, sin duda, la mayor verdad que se pudiera encontrar. Estaba feliz en el más allá, pues su muerte trajo consigo lo más valioso. Ella misma dijo que le emocionaba ser quien interpretara la nota.

Limpiar la sangre fue sencillo. También lo fue entender que la muerte de Marcela fue justa y que, sin importar lo que hubiera qué hacer, cualquier sacrificio era minúsculo ante el propósito de interpretar mi pieza musical. Preparé el cuarto de invitados y le dije a Cristian que se quedara esa noche. Había sido un día agotador y, al menos yo, necesitaba descansar.

III

Dormí bien. Me desperté con un mensaje de Lorena y la sensación de haber tenido un sueño muy vívido. Dejé mi celular a un lado, ya miraría después lo que quisiera decirme, y caminé hasta el estudio. Cristian seguía en el cuarto de invitados con la puerta cerrada. No había sido un sueño: junto a la silla, estaba el balde, el pedazo de tela aún rojo y el trapeador con el que limpiamos la sangre de Marcela. Sonreí. ¿Por qué todo aquello no me despertaba ninguna emoción de arrepentimiento? Intenté sentirme triste por Marcela, me obligué a ello, pero fui incapaz.

Eran las ocho de la mañana. Teníamos clase a las diez. Llamé a Cristian y le dije que se bañara. No podíamos llegar tarde. No mencionó a Marcela ni a la nota y no encontré en él la menor muestra de tristeza. ¿Qué estaba pasando? Hice el desayuno, calentado de frijoles con un huevo en cacerola, chocolate y arepa de choclo. Me senté a desayunar solo. Cristian seguía en el baño. Revisé el celular. «¿Estás seguro de tu decisión?», decía un mensaje. «Te extraño y te amo mucho», decía otro. Tomé aire y pensé: «Qué mamera aguantarme a esa vieja».

Ya era suficiente. Ya habíamos terminado, que tuviera dignidad y no volviera a escribir. «Sin embargo —pensé—, si le contestaba mal, aquello haría que se obsesionara más conmigo». Así somos los seres humanos: valoramos más lo que no tenemos, lo que nos cuesta. Lo fácil lo vemos sin sentido y como si no valiera la pena tener.

Por eso, decía Mirlo en una entrevista —según me contó Marcela—, que no le gustaba regalar sus libros. «¡Cuántas novelas mías hay aún sin destapar en las bibliotecas de mis amigos y familiares!», dijo. Lo que cuesta, así no tenga mucho valor, da la sensación de ser más valioso. El arte que no

cuesta, como suele ser el arte, no se apreciaba. Ganaríamos mucho los artistas si nos supiéramos vender. Ellos no nos hacen un favor al consumir nuestras obras. Todo lo contrario: nuestro arte les da sentido a sus vidas.

«No creo que todo esté perdido —le contesté a Lorena—. Ven esta noche a mi casa y conversamos». Dejé el celular sobre la mesa. Cristian llegó, se sentó y vi la notificación del nuevo mensaje. «Está bien, ¿voy a las siete?». Luego le respondería que sí, que a esa hora estaba bien, que me moría de ganas de verla. Cristian me veía con curiosidad mientras comía su calentado.

—Qué bueno está —me dijo, seguro para romper el silencio.

—Lo hizo Lorena —me reí—. Solía hacer mucha comida para varios días.

Le conté, con algunas reservas, que me había escrito y que iría en la noche a la casa. Sonrió sin hacer ningún comentario. Después, le pregunté cómo iba con *Alma llanera* y me dijo que la tenía al dedillo.

—Te pediré que la interpretes en clase —le dije.

Sentí un ambiente extraño en el desayuno. Primero, pensé que era incomodidad, pero no. En realidad, estaba a gusto con Cristian. Éramos dos cómplices que nos entendíamos y compartían deseos. Más bien, había un elefante en la habitación del que ninguno quería hablar. ¿Qué pensaba él sobre Marcela? ¿Se comportaba tan tranquilo para denunciarme después con la policía sin que yo sospechara? O, al contrario, ¿estaba tan extrañado, como yo, de no sentirse arrepentido? Si era lo último, no me sorprendería. Él era una persona muy inteligente y entendía lo valiosa que era Mo, así como las demás notas, y que si pasó, lo que pasó, con Marcela, fue porque era necesario.

No hablamos más hasta la clase. Yo me fui a bañar mientras él desayunaba. Luego, cada uno se fue en su moto a la

universidad y me saludó, como si nada, cuando entró al salón junto a sus compañeros. Lo vi hablar y reírse con Ricardo, el del violonchelo, así que me tranquilicé. En el fondo, lo admito, estaba preocupado porque me delatara. Tomó el violín, igual que los demás músicos hicieron con sus instrumentos, e inició la interpretación de *Alma llanera* a mi indicación. Lo hizo con desgano. Yo escuché con desgano. La obra era bellísima, siempre me encantó. Nunca, hasta ese momento, le había encontrado defectos, nunca me pareció tan vulgar y sin gracia.

En sus rostros, vi la satisfacción de haber hecho un buen trabajo. En verdad, yo también lo estaba. La interpretación fue bastante buena, no hubo disonancias ni desajustes. El problema era de la pieza en sí misma. Sosa y sin gracia, no causaba ninguna emoción. ¿En qué momento se me ocurrió ponerles una obra tan mediocre? Los felicité por el trabajo hecho e intenté ocultar mi fastidio.

Les pregunté cuál era la mejor obra que conocían, la que les hiciera sentir más emociones, la que les pusiera la piel de gallina. Mencionaron obras que en otro momento me hubieran exaltado: *La pasión según San Mateo*, *La consagración de la primavera*, *Sinfonía No. 9*. Otras que, pese a no gustarme el género, sabía de su valor artístico: *Blackstar*, *Cuarteto para el fin de los tiempos*. Ninguna, sin embargo, me pareció digna. Yo mismo tampoco fui capaz de pensar en una. Cristian fue el último. Pensó un momento y luego respondió: Réquiem en Ex Mayor. Me reí nervioso y le dije muy bien, aunque lo hice para todos, exaltando que tuvieran tan buenos gustos.

«Pensaré en cuál de las que dijeron podemos interpretar», dije. El resto de la clase les expliqué que, para el evento del día del libro, tendríamos un espacio para interpretar dos obras. La otra, además de *Alma llanera*, se las dejaría a su elec-

ción. También les dije, porque en realidad no soportaba escuchar su música, que la meta del artista debía ser buscar la perfección.

«El arte —continuó— tiende a la perfección, aunque nosotros, como seres imperfectos, no la alcancemos jamás. Por eso mismo, es superior a cualquier cosa de la vida y la existencia. Muchas veces no lo entendemos, porque somos seres limitados y lo vemos como simple entretenimiento, pero la música es un lenguaje divino que le da sentido a la vida. Lo decía Nietzsche: “la vida sin música sería un error”.

»Cualquier precio es siempre demasiado bajo por el placer del arte. Un ser humano íntegro debe ser un amante del arte y un artista en potencia. Por eso, el ignorante lo desprecia o lo ve como entretenimiento. Ustedes están a tiempo de abrir los ojos y el entendimiento —dije con la voz alta y cierto aire de profeta—. Practiquen, ensayen, busquen la perfección. No hay nada que valga más la pena que el buen arte».

La clase terminó y me quedé solo en el aula con Cristian, que esperó a que todos se fueran para hablar conmigo.

—Maestro —dijo—, creo que usted está tan hastiado de la mala música como yo, ¿verdad?

Detrás de su pelo negro, lo vi en ese momento, ya no se escondía la cara de un niño inocente.

—Así es —respondí.

—¿Qué haremos entonces? —preguntó.

Le pedí que fuera a mi casa por la noche. Hablar de eso en la universidad era peligroso.

—Es más —dijo—, sigue yendo cuando estés libre. Pero aquí no nos reuniremos más.

Hizo un gesto de aprobación y esbozó una pequeña sonrisa.

—Como usted diga, maestro.

Se fue. Lo detallé mientras salía por la puerta. El cabello le caía por la espalda, era delgado y alto. Quizá, si no supiera que era él, hubiera creído que era una mujer.

Almorcé en el restaurante como de costumbre: ajíaco con arroz y banano. Después, también como de costumbre, fui a la cafetería y pedí un café mientras intentaba leer. Mi intención era continuar con mi rutina para evitar cualquier sospecha. En algún momento, empezarían a preguntar por Marcela. Eso sin duda.

De hecho, ocurrió antes de lo que imaginé. Leía en mi mesa. Por primera vez en años, lograba estar tan concentrado en mi lectura: un joven que había aprendido a controlar sus sueños aprovechaba para realizar toda clase de perversidades sin consecuencias. Estaba sumergido en el libro, lo disfrutaba —porque antes, cuando leía, me obligaba a hacerlo. Pensaba: una persona culta debe leer, y yo me consideraba, ahora sé que erróneamente, una persona culta—, hasta que sentí una mano en mi hombro.

—Profesor Filamón —escuché decir—, qué pena que lo interrumpa. ¿Me puedo sentar con usted?

Asentí. Gabriel, que sostenía una aromática en su mano, se sentó a mi lado. Se excusó por molestarme con mi lectura, le dije que no pasaba nada —aunque, en realidad, sí me molestó— y me explicó que tenía una preocupación. Gabriel estaba a punto de pensionarse. Andaba con bastón, estaba casi calvo, usaba la barba desarreglada y canosa, gafas pequeñas y siempre usaba tenis cómodos, pantalón *jean* y camisa polo. A pesar de tener edad para pensionarse, aparentaba incluso más que su edad real. Era enfermizo y, según me contó una vez, sufría un fuerte dolor en las articulaciones. Decía que, sin sus medicamentos, no podría soportar la vida.

—Dígame, profesor. ¿Qué le preocupa?

Me miró con tristeza.

—Marcela —dijo.

El corazón se me aceleró y me tensioné. Intenté guardar la compostura, hacer como si no estuviera a punto de gritar y salir corriendo.

—¿Qué pasa con ella? —pregunté.

—Hace dos días que no me contesta las llamadas y esta mañana me contó Rosa (la secretaria) que el papá llamó a preguntar por su hija. No sabe dónde está. No aparece. ¿Usted sabe algo?

—Yo no sé nada —intenté responder con calma—. ¿Por qué sabría yo algo de ella?

—No lo tome a mal, Filamón. Los he visto charlar aquí en la cafetería y pensé que quizás eran cercanos, que quizás usted sabría algo.

Me di cuenta de que había asumido una actitud sospechosa. Me tranquilicé. Era mejor reconocer que sí éramos cercanos, aunque decir que no tanto, a negarlo todo, como pensé hacerlo en un principio.

—A veces —dije—, me quedo con algunos pocos de mis estudiantes, con los más avanzados, y ella está incluida. Pero no la veo desde el lunes. ¿Usted es cercano a ella?

Me contó, cosa que ya sabía, que le dio clase el semestre anterior y que, cosa que ignoraba, desde entonces trabajaba en su grupo de investigación. Escribían un artículo sobre Filosofía de la Administración.

Al final, le dije que no se preocupara, que ya aparecería, pero que, sin embargo, iba a estar pendiente de ella. Hablamos un poco más mientras era hora de entrar a clase. De verdad, me caía bien ese señor. Se preocupaba en serio, no solo por Marcela, sino también por mí y mi vida. Le conté que la noche anterior había tenido una fuerte discusión con Lorena y que se había ido de casa. Intentó consolarme, qué bello él. Me dijo que todo se podía solucionar, que, si la quería, hablara con ella, que todo estaría bien.

Él me contó que llevaba soltero un par de años, porque la mujer que amaba había muerto de cáncer y que aún no superaba la pérdida. Me lo dijo con los ojos aguados y pensé que no importaba la edad, el corazón nunca es demasiado viejo para amar.

Se despidió. Lo invité a mi casa a tomar vino y comer carne.

—No puedo beber alcohol —señaló sus articulaciones—, pero gustoso acepto su invitación a picar. —Se levantó y se apoyó en su bastón de madera—. Adiós, hijo.

Su paso lento y cansado lo llevó hasta el ascensor para ir a clase. Le hubiera costado mucho subir por las escaleras.

MAQUETADO

IV

Cuando volví a mi casa, Cristian ya había llegado. Su moto estaba parqueada afuera, en el lugar donde yo solía poner la mía. Entré con cautela —no dejaba de pensar en la posibilidad de que me denunciara— y lo vi sentado en el sofá. Leía un libro de Mirlo que yo no conocía. Entró por el patio, sin duda. Lo saludé casual, como si no hubiera nada extraño en tal situación. Él era quien debía disculparse por entrar así, con tanta confianza. No lo hizo. Me preguntó cómo me había ido en clase y me explicó que llevaba dos horas esperándome.

—No lo soporto más —me dijo Cristian luego de un breve silencio. No respondí—. Estuve escuchando música toda la tarde, mi música favorita, y no encontré nada valioso en ninguna canción y en ninguna pieza. Las repasé todas: desde Tchaikovsky hasta Kraken, Shakira, Cradle of Filth, Bach, Diomedes Díaz, Juan Luis Guerra, Billie Eilish, Queen, Andrés Cepeda, Michael Jackson... Nada. Solo encontré ruido, música simplona y estéril.

Cristian me miró. Hasta entonces, hablaba con los ojos hacia el suelo. El cabello le tapaba la cara. Lo vi de frente: tenía la cara roja y sudada. Estaba llorando. Llevaba mucho tiempo llorando.

»Luego, escuché la grabación de nuevo —continuó—. Lo hice una y otra vez, maestro. Le pido disculpas si esto que hice estuvo mal, pero fue un impulso artístico. Lo necesitaba. Tomé la grabación, aislé la nota y configuré el teclado electrónico para que lo reprodujera al tocar la tecla C8.

No dije nada. Tuve deseos de abrazarlo, pero la sorpresa me contuvo. ¿Cómo era posible que se le hubiera ocurrido lo mismo que a mí? Mejor: ¿que lo hubiera llevado ya a cabo? Él continuó.

»Después, encontré las partituras. Aunque no soy pianista, algo sé y, en realidad, la pieza es fácil de tocar. La interpreté hasta donde pude, hasta el momento en que aparece la nota De. Vibré como nunca lo había hecho. Me eché a llorar, maestro, como un niño pequeño, y no he dejado de hacerlo hasta ahora. Por eso le digo que no lo soporto más. La obra sigue, necesito escucharla, sumergirme en ella, trascender este plano, así sea por un par de minutos. Haré lo que sea necesario, maestro, se lo suplico.

Mil cosas pasaron por mi mente. Cristian escuchó Mo en el contexto de la pieza antes de que yo lo hiciera. Había sonado en mi cabeza, pero ya sabía que no había punto de comparación. Lo envidiaba, quise decirle que me mostrara la nota, que interpretara la pieza, así fuera solo la primera parte, casi nada, que no me imaginaba ese majestuoso arranque. No lo hice. «Si iba a escuchar la pieza —pensé—, sería completa».

—Te juro —le dije a Cristian mientras apoyaba mi mano en su hombro— que conseguiremos las siete notas.

No había marcha atrás. Le pedí a Cristian que esperara en el cuarto de invitados mientras Lorena estuviera en la casa. Ella me saludó.

—¿De quién es la moto que hay afuera? —preguntó Lorena.

—De un andariego —dije—. Me pidió el favor de dejarla ahí por un rato.

Lorena se paseó por la casa con aire de diosa. Desde la sala, me percaté en ese instante, se veía el trapeador todavía rojo. Ella no lo vio, por suerte, o no le dio importancia.

—Pensé que nunca iba a regresar a esta casa —me dijo. Luego, se sentó.

—¿Quieres tomar algo? —pregunté.

Pidió un Milo caliente y yo me preparé un café. Me dijo, como si nada pasara, como si no hubiera un tema importante del cual hablar, que había tenido un día duro en el trabajo.

Me contó que un paciente intentó sobrepasarse con ella, un viejo verde, y que uno más joven le había dado su número de teléfono.

—Quizá le escriba. —Se rio.

Lo decía como broma, la conocía bien, para despertarme celos y hacerme sentir vulnerable. Le llevé el Milo y me senté a su lado. Puse mi celular sobre la mesita de té. Grababa. Me habló de su madre, que le extrañó que hubiera dormido en su casa dos noches seguidas.

»Está viejita —dijo— y me creyó que solo iba a cuidarla, porque la extrañaba, pese a llevar varias maletas con ropa.

Creí que iba a tocar el tema de nuestra ruptura, pero, luego, me preguntó por mis clases y cómo había estado los últimos días.

—Bien —respondí con frialdad.

Siempre detesté de ella que evitara los conflictos, que hiciera como si nada pasara. Odiaba eso, porque yo también era así. No me gustaba discutir y eso hizo que, poco a poco, se creara un agujero negro en nuestra relación. Ese día, sin embargo, me sentí con ganas de discutir, de confrontar, de pelear con Lorena.

»¿Te acuerdas de Marcela? —le dije.

Me respondió que sí, extrañada. La conocía porque le había hablado de ella en algunas ocasiones, así como también le conté de Cristian y Luis.

»Me acosté con ella —dije sin dejar de mirarla directo a los ojos—. Lo hice en nuestra cama. Ahí la amé y le besé todo el cuerpo. —Lorena borró toda expresión de su rostro y solo escuchaba. Una especie de satisfacción y dicha me invadió. No la pude ocultar—.

»También me cogí a Sara (exintegrante de mi primera orquesta), a Myriam (una prima lejana), a Sofía (amiga de Lorena) y a dos chicas de Tinder —sonreí—. A todas, menos a

Sofía, que es bien puta, les dije que teníamos una relación abierta. ¡Y se lo creyeron! Y tú ni por enterada.

Ella seguía en silencio, escuchando, sin hacer ningún gesto. Vi en sus ojos que estaba a punto de quebrarse.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —dijo con voz débil—. ¿Por qué ahora? —Se quebró—. ¿Por qué me hiciste venir hasta acá para humillarme de esa manera?

No lloró. Palideció en un instante y se esforzó por tomar aire. Entró en pánico. Me insultaba, no recuerdo con qué palabras, mientras tomaba bocanadas de aire y se sostenía del reposabrazos. Dio algunas arcadas como si fuera a vomitar. Puse mi mano en su hombro.

»No me toques —gritó—. Te odio, te odio, te odio...

En ese instante, lo supe por cómo actuaba, no estaba enojada ni arrepentida de haberme conocido. Más bien, estaba decepcionada de mí. Me conocía desde que éramos casi unos niños y, pese a eso, en ningún momento encontró algo de lo que pudiera aferrarse para pensar mal de mí.

Siempre cuidé mi imagen. Debo decirlo: me importaba mucho cómo me veían los demás, lo que pensarán sobre mí. Detestaba caerle mal a las personas, que juzgaran mis acciones. Por eso, creo, temía al fracaso y a la exposición pública. Pero ya no más: me importaba un Do lo que Lorena pensara o lo que sintiera por mi culpa. Así era yo, eso hice, no lo podía ni lo quería cambiar. ¿Me iba a amar o se alejaría al verme como un monstruo? En el fondo, todos somos unos monstruos, pero lo ocultamos muy bien.

A pesar de rechazarme, dejé mi mano en su hombro con fuerza. Ella la sintió e intentó apartarla sin éxito.

»Suéltame —dijo.

No la solté. Se volteó hacia mí e intentó darme una cachetada, que detuve con mi mano. Ante la impotencia de no poder hacer nada, forcejeó con la otra para liberarse. La agarré también. Gritaba para que la soltara, escondía su rostro rojo

por llorar y me decía que yo no era así, que qué me había ocurrido.

—Me cansé de ser quien no soy —dije.

Agarré sus dos manos con una sola y se las llevé atrás de su nuca. Lorena era grande, de piernas, senos y brazos anchos, pero sin fuerza. Fue fácil para mí. Le levanté el mentón con la otra mano y le di un beso que resistió, pero al que la obligué por la fuerza. Me sentí como un toro. La besé con ganas. Metí mi lengua dentro de su boca, hasta el fondo, y mi mano bajo su blusa. Fue todo muy rápido e intenso. Dejé sus senos exhibidos y, cuando intenté bajarle el pantalón, pataleó y gritó por ayuda. La agarré del cuello para que no hablara. Apreté con fuerza. Se puso morada, dejó de respirar y emitió un último quejido en De.

Cristian subió tímidamente las escaleras.

—¿Lo escuchaste? —le pregunté.

—Lo escuché —respondió. Ambos estábamos aún con la nota retumbando en la cabeza y saliendo del aturdimiento que nos había provocado—. Es increíble —dijo él—. Es más bella, mucho más bella, que Mo. Pensé que algo así era imposible.

Nos sentamos junto a ella. El cuerpo semidesnudo de Lorena estaba tendido en el sofá. Las marcas de mis manos se notaban en su cuello, profundas, con rabia, negras. Cristian la miraba a la cara, el cuello lo detallaba y, aunque creía que yo no lo notaba, le echaba breves vistazos a los senos desnudos.

—Es linda, ¿verdad? —pregunté.

—Sí —respondió.

—Anda, sé que la quieres tocar.

Agarré su mano y se la llevé a su pezón. Aprieta duro, que ya no siente. Él la tocó con delicadeza, mientras me miraba. Luego, lo hizo con más y más ganas, hasta que se decidió y lo chupó.

»Aprovecha antes de deshacernos de ella —le dije. Agarré su mano y se la metí por debajo del pantalón de Lorena. La tocó sin cuidado, como una fiera, mientras lamía su cuello, sus senos, su vientre. Vi que se sobó él mismo por encima del pantalón. Me levanté—. Haz lo que quieras —dije—. Estaré en el estudio.

Cristian no respondió y continuó como una bestia sobre Lorena. Yo me encerré. La silla seguía en el centro. No había ningún rastro ya de Marcela y, sobre el teclado, las partituras. «Este maleducado», pensé y me reí. Tuvo que hurgar entre mis cosas para encontrar este viejo aparato. En verdad era viejo. Desde que compré el piano de cola, varios años atrás, no lo había vuelto a usar.

Me sorprendía que aún funcionara. Lo mantuve guardado en su estuche. ¿De dónde lo sacó? Ni yo mismo hubiera sabido de él si me preguntaban. Era pequeño y muy práctico. No alcanzaba tantos registros como un piano grande, pero funcionaba para lo básico. Era eléctrico y se podían modificar las notas a gusto. Incluso, y esto siempre me causó gracia, tenía la opción de emitir sonidos de animales al tocar algunas teclas. Me quedé mirándolo.

No daba crédito a las palabras de Cristian. Mo, que tanto me costó conseguir, estaba al alcance de mi mano con solo tocar una tecla. La marcó con un 1. La acaricié. Mi corazón latió fuerte y mis manos sudaron. ¿En verdad era tan fácil? Afuera escuché algunos gemidos. ¿Y si interpretaba el inicio? ¿Y si escuchaba Mo en contexto? No. No lo hice. Me sentí un fracasado por solo pensarlo. Si era digno de escucharla, de interpretarla, sería en su totalidad, no por partes, que la exposición fuera completa. El placer a medias solo es un tipo de crueldad.

Cuando regresé a la sala, Cristian estaba en la cocina. Bebía un vaso de agua. Lorena, bien vestida, esperaba sobre el sofá para ir al río.

—¿Todo bien? —pregunté.

—Sí —respondió con vergüenza. Me reí.

—Es mejor que te quedes esta noche aquí —le dije. Todavía nos faltan cinco notas.

—Como usted diga, maestro.

—¿No les parecerá extraño que no vayas a tu casa tampoco hoy?

Cristian me explicó que no vivía con su familia. En una fuerte discusión que tuvo con ellos, antes de entrar a la universidad, aceptó estudiar Ingeniería Civil con la condición de independizarse. Era difícil, me contó, porque apenas le daban para vivir. Compartía casa con tres hombres y dos mujeres, todos estudiantes, la mayoría pastusos o de la costa, y a nadie le importaba lo que hacían los demás.

Llevamos a Lorena al río. Cristian se quedó conmigo esa noche y las siguientes. No regresó a sus clases de Ingeniería y solo me acompañó a la clase que impartí el día siguiente. Después de eso, jamás regresé a la universidad.

MAQUETADO

V

Gabriel llegó a mi casa al día siguiente tras invitarlo, temprano, a que comiéramos carne en mi casa. A Luis lo llevó Cristian en su moto. Lo buscó en la universidad, sabía que su clase terminaba a las seis, y lo convenció de que lo acompañara. «Allá está Marcela», le dijo.

Los recibí con alegría y un vaso de vino. Gabriel lo rechazó primero y, después, lo aceptó con ciertas dudas.

—No puedo —me dijo—, pero tengo muchas ganas.

—Vamos —insistí—, uno al año no hace daño.

—¿Y Marcela? —preguntó Luis.

—Se está organizando en la habitación —dije y señalé el piso de abajo—. En un rato sube.

Gabriel me miró sorprendido.

—¿Aquí está Marcelita? —preguntó—. Qué ingrata que no me ha respondido las llamadas.

Le expliqué que había estado enferma y que por eso no aparecía.

—Quizá fue COVID o influenza, quién sabe —dije—. Mejor le preguntamos bien a ella.

Serví dos copas de vino: una para Cristian y otra para mí.

—Es un carmenere de Chile —expliqué—. Es una uva que principalmente se produce allá.

Les conté, para ganar algo de tiempo, que era originalmente francesa y que en algún momento se extinguió. Años después, apareció en Chile una uva rara que primero confundieron y comercializaron como merlot, pero que luego descubrieron que se trataba de la desaparecida carmenere.

»Hasta ahora —concluí— es un misterio cómo llegó y se cultivó tan lejos de casa.

Gabriel nos contó historias de su juventud, que en realidad no nos interesaban, pero que escuchábamos con atención, sobre cómo entró a la universidad, cuándo se creó el programa de Administración, cómo eran las cosas antes.

—Todo tan cambiado —decía—, ahora están dañando la sede.

Él hablaba pausado, como su voz se lo permitía, y nos miraba con ojos de sabiduría. Lo vi débil y arrugado. Se acariaba las manos y los codos, y se quejaba del dolor en las articulaciones. Se sostenía de su bastón, pese a estar sentado. Luis escuchaba, aunque no disimulaba su impaciencia. Esperaba a Marcela con los deseos con los que la esposa espera a su marido que vuelve de la guerra.

El vino surgió efecto. Sostuve a Gabriel para que no cayera hacia adelante ni golpeará el suelo como lo hizo su bastón. Luis, que miró desconcertado la escena, se tambaleó después, dijo que «se sentía extraño, todo le daba vueltas y se ponía oscuro», y cayó sobre el sofá. Llevamos a Gabriel al estudio y a Luis, al cuarto de invitados. Lo había planeado todo con detalle: convenía mantenerlos separados. Si, cuando uno de los dos muriera, el otro gritaba o hablaba, dañaría la grabación. Además, el sentimiento de soledad era devastador. La muerte no es tan cruel cuando se está acompañado. Así que, primero moriría Luis y, después, Gabriel.

A Gabriel lo atamos a la silla en la que murió Marcela, lo apretamos duro para que no se moviera. Vendamos sus ojos y le cerramos la puerta. Con Luis hicimos lo mismo. Le pedí a Cristian que estuviera con Gabriel, mientras yo me encargaba de Luis. Cuando despertó, en medio de la confusión, me preguntó qué pasaba y luego gritó para que lo soltara.

No voy a mentir. Luis siempre me cayó mal. No ponía atención a mis clases, se la pasaba tras Marcela y tenía un humor irónico que me caía al hígado. Él me insistió esa noche para que fuera a tomar cerveza a la BBC con ellos, pero sabía

que lo había hecho como broma. Seguro que un profesor no sale con sus estudiantes, pensó. Está mal visto, pero se lo pediré para que pase por la vergüenza de decir que no. Hijo de puta. Por eso mismo acepté al final. Que supiera que conmigo no se jugaba. Marcela me besó esa noche. Lo disfruté, tanto por el beso como por ver la cara de desesperación de Luis. Ja. ¿Y si hubiera sabido que me acosté con ella?

—Cállate —le dije y le di un golpe en el estómago. Ya me molestaba que se quejara tanto. Él escupió y se quedó sin aire unos segundos. Luego, se recuperó y me miró en silencio. Yo jugaba con el filo de un cuchillo—. ¿Todavía quieres ver a Marcela? —le pregunté.

No respondió. Temblaba, aunque intentaba disimularlo.

»Estuvimos hablando de ti —continué—. Me dijo que eras patético, que te manipulaba como le daba la gana. Solo bastaba con ponerte esa voz dulce que tiene: «Luis, tengo hambre —fingí su voz—; Luis, qué frío está haciendo; Luis, está lloviendo y me quiero ir a mi casa». Te invocaba y tú, como un perro faldero, corrías a sus pies. Pero ¿sabes qué? No creo que seas un perro faldero. Eres peor que eso: un hombre sin dignidad.

Tomé aire por un rato. Caminé a su alrededor. Él seguía temblando. Por su mirada baja y cómo apretaba sus dientes, supe que lamentaba haber sido la puta de Marcela.

»Luego me dijo —continué— que nunca te había dado ni un solo beso. —Agarré a Luis del pelo, levanté su cara y le pregunté si eso era verdad. Me reí porque no respondió. Luego seguí—. Dijo que le dabas asco. —Lo solté y él agachó de nuevo la cabeza—. Por eso, eligió besarme a mí. Por eso, vino a mi casa y se quedó varias noches. Por eso, se desnudó ante mí y se acostó conmigo. Luis, ¿de verdad creíste que ella lo haría en algún momento contigo? Si le gustas a una mujer, se te entregará fácil, sin necesidad de que estés tras ella. Al contrario, eso las ahuyenta. Te van a ver como un arrastrado.

Mientras me escuchaba y lamentaba haber conocido a Marcela, haber estado tras ella, yo me preguntaba cómo matarlo. Luis, lo dije, me caía mal, quizás incluso lo odiaba, al menos en ese momento lo sentí así. Actué sin pensar, como si un demonio se me posara sobre el hombro y me incitara a ser perverso. Tomé el cuchillo y, pese a los movimientos desesperados de Luis, corté la piel de su brazo izquierdo.

Fue un corte profundo, aunque no lo suficiente para llegar al músculo. La sangre brotó como un pequeño riachuelo. Giré un poco su mano y corté el resto de la piel alrededor, cuidando no lastimar ninguna vena importante. Hice lo mismo con el brazo derecho. Luis gritaba desesperado y se movía con fuerza a pesar de estar bien atado. Me dificultó el trabajo. Lo logré. Me reí. Me reí con ganas.

»Ojalá Marcela estuviera aquí —le dije—. Disfrutaría esto tanto como yo.

Agarré la piel con mi mano y, de un solo tirón, la arremangué hasta el codo, como si fuera una camisa. Luis gritó de dolor. Hice lo mismo con su otro brazo. Gritó de nuevo. El músculo se mostraba rosado y con todas sus fibras al aire. Se quejaba, gemía, suplicaba.

—Ya no más —gritó—. Por favor.

—Otra cosa que nunca me gustó de ti —le dije— es que eres un doble cara, un hipócrita. Sé que hablabas mal de mí, mientras de frente me halagabas. —Me acerqué a él. Lo miré a pocos centímetros de sus ojos y lo agarré fuerte del pelo—. No sabes cuánto detesto eso.

Tomé el cuchillo y corté la piel de la frente. Luego, bajé por las sienes, el mentón y la barbilla. Parecía una máscara que se había pegado con algún líquido viscoso. Despegué la piel de un extremo y la jalé con fuerza de un solo impulso. Gritó. Su verdadera cara quedó expuesta. Sus ojos eran dos grandes pelotas de golf que parecían que se iban a salir de

sus cuencas. El tabique y los dientes estaban completamente expuestos. Los músculos de la cara palpitaban por el dolor.

No tardó mucho en morir. Se desangró y quedó sin fuerzas. Tiritaba de frío y miedo. Sé que, a pesar de todo, nunca dejó de pensar en Marcela. ¡Qué básicos somos los hombres! Se quejó todo el tiempo hasta que murió. Su último quejido, que registré, se produjo en Lam.

Subí al estudio. Gabriel estaba atado a la silla con la boca tapada. Cristian, sentado también, leía su libro. Mis manos estaban manchadas de sangre seca.

—Maestro —dijo Cristian—, ¿cómo le fue? —Hice un gesto con la cabeza indicándole que todo había salido bien—. ¿Qué haremos con él? —preguntó.

Gabriel nos miraba con sus ojos cansados y sin entender qué ocurría. Me acerqué a él y le quité el trapo de la boca. No me gritó, como creí que lo haría, sino que me dijo, con su voz débil, que por favor le diera su medicina para las articulaciones.

—Me duele mucho —me dijo. Lo miré con tristeza.

—Lo siento, profesor —le dije—. No es personal. A usted lo admiro y lo respeto como no se imagina.

Me paré y le dije a Cristian que nos fuéramos a dormir. Gabriel se quedó en su silla, rogando para que le diéramos el medicamento.

Cerré la puerta del estudio y le indiqué a Cristian que, antes que nada, debíamos llevar a Luis al río. Era de noche. Lo bajamos con cuidado y regresamos a dormir. Cristian me preguntó sobre cómo conseguiríamos las notas que faltaban. Un hueco en el pecho me inundó. Le dije que nos ocuparíamos de eso al día siguiente, pero le fui sincero.

—No lo sé, Cristian. Tenemos que terminar la pieza pronto, antes de que la policía nos empiece a buscar.

—No se preocupe, maestro —dijo—. Algo se nos ocurrirá.

Tuve un sueño plácido. Abrí las cortinas y contemplé el paisaje a lo lejos. El sol brillaba en todo su esplendor y, al fondo, se veían las fincas cafeteras en medio de las montañas verdes que se extendían hasta el firmamento y que parecían nunca acabar.

Eran las ocho de la mañana. Recordé mi sueño, en el que Marcela cantaba en un coro de ángeles para mí. Salí de mi habitación con el sentimiento de que sería un gran día y con mucha energía. Cristian no estaba en su habitación, tenía la puerta abierta. Supuse que preparaba el desayuno. Subí las escaleras al primer piso, despacio, pues escuché algunos quejidos que no pertenecían a Gabriel.

Luego, los vi: un hombre y una mujer, los conocía a ambos por ser vecinos de la vereda, golpeados y atados a las sillas. No eran cercanos a mí, en realidad. Tenía poco contacto con los demás habitantes de la vereda, pero una que otra vez me los encontraba en la carretera.

Ella, cuyo nombre nunca supe, tenía un bebé de unos ocho meses. Hasta donde supe, vivía sola con su hijo. El hombre, Arturo, sí lo conocía un poco mejor. Lo contraté una vez para que podara el pasto y arrancara la maleza del patio. Era recolector de café, siempre llevaba sus botas de caucho, su sombrero aguadeño y su poncho. Me saludaba cuando pasaba cerca de él, algo amistoso, pero distante. Sin embargo, llevaba dos semanas sin verlo. El rumor, cosa que nunca confirmé, era que su esposa lo había dejado por irse con un narco, o con unos narcos, de prepago, decían, y él se sumergió en una profunda melancolía.

Aunque débiles, se escuchaban los quejidos de sufrimiento de Gabriel. Me acerqué a mis vecinos: estaban muertos. Cristian, que apenas se percató de mi presencia, pausó la grabación que escuchaba.

—Maestro —me saludó con una gran sonrisa y mucho entusiasmo—, buenos días. Las tenemos, buenos días —repetía palabras y se trababa para hablar por la emoción.

—¿Qué pasó aquí? —pregunté con sorpresa.

Me explicó que la noche anterior, mientras yo dormía, él no pudo conciliar el sueño. Pensó en Marcela, en Luis, en la pieza musical, en las notas, en la música. No estaba cansado. Quería ayudar. Dijo que la idea le llegó como una epifanía. No me supo explicar cómo ni por qué le llegaron las imágenes de la finca de Arturo y la de la mujer. Me explicó que se escabulló en sus casas y que los llevó a la mía.

—Hice lo que usted hizo, maestro —concluyó—. Exactamente lo que hizo usted y conseguí otras dos notas. Si no me equivoco, por como usted las describió, son Me y An.

Mientras hablaba, pensé en muchas cosas. Las dudas llegaron a mí y un miedo aterrizó en mi pecho sin explicación. ¿Cómo hizo para llevarlos él solo hasta mi casa? ¿Nadie lo vio? ¿Por qué ellos? ¿Por qué actuó sin avisar? ¿No fue demasiado arriesgado? ¿Los drogó?, ¿los noqueó?, ¿o qué hizo? ¿Cómo cargó a Arturo, un hombre de unos noventa kilos, él tan flacuchento? ¿Por qué lo hizo? ¿Debía reprenderlo o felicitarlo?

Todas esas preguntas pasaron por mi mente. La ira fue creciendo a medida que continuaba su discurso, pero se apagó cuando dijo, al final, que teníamos dos notas más. La alegría superó todas las demás emociones y olvidé mis dudas. ¡Qué me importaba a mí el cómo si el objetivo se había cumplido!

MAQUETADO

CODA

MAQUETADO

I

La Patria

Manizales

16/03/2025

Las autoridades investigan el hallazgo de tres cuerpos sin vida en la cuenca del río Chinchiná, ocurrido en la madrugada del 15 de marzo. El descubrimiento fue realizado por un grupo de cuatro jóvenes que, alrededor de las 2:00 *a. m.*, se encontraban en la zona tras una reunión.

Inicialmente, creyeron que se trataba de personas en estado de embriaguez, pero, al acercarse, constataron la gravedad de la escena: una joven con una herida en el cuello, una mujer con signos de asfixia y un hombre al que le habían despojado la piel del rostro y los brazos.

Las autoridades llegaron al lugar poco después, junto con un equipo de La Patria. Tras las primeras

diligencias, se logró identificar a una de las víctimas: Marcela Rodríguez Soto, de diecinueve años, cuyo padre había reportado su desaparición horas antes. Los otros dos cuerpos aún no han sido identificados y hasta el momento no hay registros de personas desaparecidas adicionales en la ciudad.

Germán Zapata, experto en criminalística que participó en la inspección, señaló que las lesiones en el cuello, de una de las víctimas, sugieren que el responsable es un individuo con una fuerza física considerable. «Por la profundidad de las marcas, se trata de alguien con una fuerza inusual en sus manos», explicó.

Los cuerpos fueron trasladados a la morgue de

la Universidad de Caldas, donde se realizarán las autopsias y se recolectarán posibles pistas que permitan esclarecer lo sucedido e identificar a los responsables.

Desde La Patria, seguiremos informando sobre el

desarrollo de esta investigación. Expresamos nuestras condolencias a los familiares y allegados de las víctimas, y hacemos un llamado a la ciudadanía para que, en caso de contar con información relevante, se comunique con las autoridades.

MAQUETADO

La noticia se difundió rápido por redes sociales. Cristian fue el que me la mostró. Se la envió Ricardo, el del violenchelo, porque sabía que era cercano a Marcela. En el chat de profesores también se difundió e iniciaron una larga conversación sobre la seguridad en la ciudad. Manizales no era así, decía uno; todo ha desmejorado desde que llegó ese alcalde, decía otro; seguro el responsable es un venezolano, decía un tercero. Leí la noticia completa de nuevo y de nuevo. Por el momento, no tenían pistas del asesino, pero cuando identificaran a Luis y, en especial, a Lorena, era muy fácil que pensarán en mí.

—Cristian —le dije con voz firme—, empaca lo que tengas que empacar. Nos vamos de aquí.

—Sí, maestro —respondió. Él se fue caminando con una lentitud que me molestó.

—¡Jueputa, rápido!

Entré al estudio. Gabriel se quejaba de dolor.

—Mijo —me dijo—, por favor, no lo soporto.

Me acerqué a él. Le acaricié el poco pelo canoso que le quedaba.

—No pudo dormir en toda la noche, ¿cierto? —Él negó con la cabeza. Pese al afán que me apretaba el pecho, sentí que, por respeto a él, debía hacer las cosas bien, sin prisa—. Lo siento mucho, profesor —le dije—. En usted vi a un padre, pese a que nos conocimos poco tiempo. —Él permaneció en silencio. Se quejaba en voz baja, mas sus quejidos brotaban desde lo más profundo—. Si la situación hubiera sido otra —continué—, estoy seguro de que hubiéramos sido muy buenos amigos.

Saqué el cuchillo de cocina que tenía guardado atrás en el pantalón, lo apreté fuerte y lo clavé firme en el pecho. Él me miró con sus ojos de tristeza profunda. No le dolía morir, llevaba toda la vida preparándose para eso, sino ver en lo que me había convertido. «¿En qué me convertí?», me pregunté

mientras lo veía desvanecer frente a mí. Gimió en Su antes de morir.

No tuve tiempo de pensar. Guardé el teclado eléctrico en el estuche y adentro las partituras —aunque no las necesitara, porque ya las conocía de memoria—. Metí mi computador en un morral y cositas que, creí, iba a necesitar: cargadores, lapiceros, un cuaderno y el libro de Mirlo. Eché un último vistazo al estudio antes de irme. Lamenté que acabara así. Gabriel, atado a una silla, mientras su sangre se derramaba en el suelo.

—Lo siento mucho —le dije.

Cerré la puerta. Cristian me esperaba en la sala con su bolso al hombro.

—Empaca algo de comer —dije—. Atún, pan, leche. Lo que encuentres que se pueda comer fácil. —Bajé las escaleras al trote y, tan rápido como pude, me puse una chaqueta y los tenis—. Vámonos —grité.

Me subí a mi moto y él, a la suya.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—Muy lejos de aquí.

Encendimos las motos y arrancamos cuesta abajo. No sabía hacia dónde nos dirigíamos, no importaba, había que alejarnos lo antes posible. El corazón se me aceleró. Dos policías iban en su moto en dirección a mi casa. Temí que nos detuvieran, pero siguieron derecho. La sensación de urgencia y de querer huir me invadieron.

Llegamos a la carretera principal y fuimos rumbo a Pereira. Pese a las curvas pronunciadas, y al tráfico lento, aceleré todo lo que pude. Adelanté en zigzag carros, buses, camionetas. Rebasé en curva más de una vez, mientras mi moto marcaba 80 kms/h. Después, cuando llegamos a la entrada de Chinchiná, donde la carretera se ponía más o menos recta, aceleré más y más, sin detenerme.

Cristian me seguía el paso como un endemoniado. Llegamos a Pereira, seguimos. Cruzamos Cartago y el paisaje cambió drásticamente. Atrás quedaban las infinitas montañas de los Andes y comenzaba el valle profundo. Dejamos el frío invernal y llegamos al calor sofocante de un verano eterno. La carretera era recta, amplia y plana. No se veían montañas, solo el cielo azul y los terrenos ilimitados con siembra de caña de azúcar.

«En tres horas llegamos a Palmira. Allá —pensé mientras conducía— pasaremos desapercibidos». Era una ciudad sin leyes y donde a nadie le importaba lo que hicieran los demás. La gente no respetaba las señales de tránsito, todos iban en moto, no usaban chaleco y era frecuente ver a tres, incluso cuatro, personas sobre una. El bochorno era insoportable. La mayoría andaba en pantaloneta y camiseta corta con gafas de sol.

Nos debimos haber visto extraños con nuestras chaquetas, que yo ya no soportaba, y pantalones largos. En especial, Cristian: pelo largo, chaqueta de cuero y, en general, toda la ropa negra. Las calles estaban llenas de vendedores ambulantes, gente en chancas, mal vestidos, despeinados, seguro sin bañarse, hediendo a sudor y a chucha. Un murmullo permanente se sentía y daba la impresión de que la gente gritaba en vez de hablar.

Yo había ido un par de veces. Tenía un buen amigo músico que me invitaba seguido a tocar allá a Palmira. No lo podía buscar, claro está, pero gracias a él sabía de la existencia de unas cabañas, a las afueras de la ciudad, que alquilaban por Internet a precios muy económicos y que utilizaban los músicos principiantes para ensayar.

Le indiqué a Cristian, que nunca dejó de seguirme, que paráramos a almorzar. Dejamos las motos en una esquina de la calle, un vigilante nos dijo que las cuidaría, y entramos a

un restaurante de poca monta que encontramos en plena Galería. Olía a pescado podrido y a cebolla. El calor nos hacía sudar a montones. Pedimos el menú del día.

«Dos corrientazos —dijimos—, no importa de lo que sean». Nos sirvieron sopa de pescado, arroz, tajadas, sudado de pollo con papas y jugo de tomate de árbol.

Cristian se veía tranquilo, incluso alegre, como si ignorara que, seguramente, ya nos estaba buscando la policía. Hizo comentarios que me parecieron banales: qué calor hace; fue un viaje largo; una señora se me cruzó cuando salíamos por Pereira y casi la mato; nos van a llegar al menos dos fotomultas por exceso de velocidad. Nos llevaron la comida. Yo respondía a sus comentarios, aunque, por dentro, me carcomía el recuerdo de Gabriel. No merecía lo que le hice. Era una gran persona.

Cuando llegué a la universidad, el primer día me vio en la cafetería. Estaba solo. Me saludó, se presentó y me dio la bienvenida como profesor. Algunos colegas me contaban cosas sobre él: durante la pandemia destinó el 40 % de su salario para ayudar a los estudiantes que lo necesitaban. A más de uno le pagó el viaje de regreso a su pueblo, que en ese momento estaba carísimo. Les hizo mercado a varias familias y pagó algunas deudas.

También me dijeron que, como él, no había otro más humano. No supieron explicarme, pero me dijeron que los estudiantes lo buscaban siempre a él para pedirle consejos, por apoyo o simplemente porque querían hablar. Él los atendía a todos, no importaba quién fuera ni lo ocupado que estuviera, porque pensaba que todos merecían ser escuchados.

Me tomé la sopa. Cristian me hablaba de la música. Estaba emocionado. Decía que ya teníamos seis notas, que ya solo faltaba una, Ex Mayor, que la obra ya estaba casi hecha. Hablaba hasta por los codos. Dijo que, apenas pudiera, pasaría las otras cinco notas al teclado.

—¡Luego interpretaremos la pieza completa! —dijo.

Sus ojos brillaban al hablar. Comió un poco de su plato y yo aproveché el silencio.

—¿No te preocupa la policía?

Él tragó y me miró con seguridad, como si supiera la respuesta desde siempre o la hubiera reflexionado durante el viaje.

—Cuando interpretemos la obra y la mostremos al mundo —respondió—, todos van a perdonar nuestros pecados. No volverán a escuchar nada tan bello y, por eso mismo, estarán eternamente agradecidos por nuestra labor. Seremos ciudadanos ilustres, recibiremos premios, condecoraciones, y nuestros nombres quedarán grabados en la historia como los de los más grandes músicos y filántropos de todos los tiempos.

Aunque sabía que Cristian tenía razón, aún me angustiaba saber que tantas vidas eran necesarias. Fue como si regresara a la realidad luego de un largo trance. Veía con claridad lo terrible de nuestras acciones. Me angustiaba, en especial, que todavía faltaba una nota y que eso significaba tomar otra vida. Matar. Lo diré sin eufemismos: asesinar a alguien solo para obtener un sonido. ¿En realidad valía la pena? También pensé, como contraparte, que, untada la mano, untado el codo, y que una vida más no cambiaría mucho. ¿Cómo no? Es una vida. Eso lo cambia todo.

Por el momento, no podía hacer algo. No le dije nada a Cristian. No lo haría hasta que reflexionara bien y tomara una decisión. Me inclinaba, sin embargo, a mandar todo a la mierda y entregarme a la policía. Si Cristian quería continuar, que lo hiciera, pero yo no me quería ensuciar más las manos. Aunque eso no me convencía por completo. Por el momento, lo mejor era alejarnos de la mirada pública, escondernos en la cabaña a las afueras de la ciudad y reflexionar con calma.

Terminamos de almorzar, hice la reserva con un nombre falso y nos dirigimos hacia allá.

MAQUETADO

II

La Patria

Manizales

16/03/2025

Avances en el caso del «Monstruo de Manizales»

Las autoridades han identificado a Filamón Montes González, profesor universitario de Música, como el principal sospechoso del asesinato de tres personas, cuyos cuerpos fueron hallados en las orillas del río Chinchiná.

La investigación dio un giro inesperado esta mañana cuando la policía ingresó a la residencia del sospechoso en el Alto del Naranjo, donde se descubrió una escena aún más macabra.

Hallazgos en la residencia del sospechoso

Tras reiterados llamados a la puerta sin respuesta, los agentes decidieron ingresar por el patio, encon-

trando en la sala los cuerpos de dos personas más, aún sin identificar, atadas a una silla cada una. En el estudio de música, yacía sin vida el profesor universitario Gabriel Rincón Castro.

Por el momento, Montes González se encuentra prófugo y las autoridades han intensificado su búsqueda.

Estado de la investigación

Los análisis forenses realizados hasta ahora no han permitido establecer un patrón claro en los asesinatos. Mientras algunas víctimas no presentan signos de violencia, otras sí, y solo en un caso hay evidencias de tortura. Ade-

más, se confirmó que Lorena Fonseca Torres, pareja sentimental del sospechoso, sufrió abuso sexual *post-mortem*, aunque no se hallaron restos de semen ni otros fluidos en el cuerpo.

El doctor Germán Zapata, a cargo de la investigación forense, se abstuvo de dar declaraciones hasta contar con información concluyente.

Perfil de las víctimas

Las víctimas confirmadas hasta el momento son:

Lorena Fonseca Torres (33 años): enfermera y pareja sentimental de Filamón Montes González. Llevaban cerca de un año juntos y convivían en el Alto del Naranjo.

Luis Antonio García (20 años): estudiante de Administración de Empresas en la Universidad Nacional y miembro de la orquesta universitaria dirigida por Montes González.

Marcela Rodríguez (19 años): estudiante de Administración de Empresas en la Universidad Nacional y compañera de Luis Antonio en la orquesta.

Gabriel Rincón Castro (61 años): profesor universitario de la misma institución y colega de Montes González. Aunque se les vio conversando en diversas ocasiones, fuentes cercanas indican que no mantenían una relación cercana.

Datos relevantes del caso

Este es el primer caso documentado de un asesino en serie en la historia de Manizales. La ciudad no registraba un homicidio desde hace siete meses.

La Patria se suma al clamor ciudadano en la exigencia de justicia para las víctimas y sus familias, confiando en que las autoridades esclarecerán el caso en el menor tiempo posible.

No quise responder los mensajes de los profesores y conocidos que me preguntaban si lo que habían leído en las noticias era verdad.

Llegamos a la cabaña. Estaba junto a un campo de caña de azúcar en medio de un calor abrumador. Era de bahareque, bastante vieja y amplia. El suelo era de madera. Olía a humedad. Consistía en un gran salón con una batería a un lado, sonido para guitarra y soporte para el teclado y micrófono. Al frente, un sofá. Había dos colchones en el suelo, uno en cada extremo de la habitación. Pensé que todo era feo, pero que era suficiente. Nos quitamos las chaquetas y Cristian se recogió el pelo con una cola. Estábamos cansados del viaje, del bochorno, del estrés de sabernos perseguidos, pero había mucho trabajo por hacer.

Mientras Cristian configuraba el teclado e integraba las otras notas, saqué el libro de Mirlo. Mi intención no era leerlo, sino parecer que estaba ocupado, mientras reflexionaba sobre la decisión que debía tomar. Sin embargo, al leer un par de líneas, no pude parar. Estaba a punto de terminarlo. El último relato me desconcertó e hizo volar mi imaginación. No sé si estaba muy sensible o fue la sugestión, pero me dio una nueva perspectiva de la situación.

Para mí es extraño hablar de esto, pues ocurrió en un momento de angustia tal que podría ser poco creíble. Aunque despacio, estuve leyendo el libro las últimas semanas. Eran cuentos, de los más diversos tipos, en los que Mirlo esbozaba el concepto de la perversidad: un hombre que se venga del soldado que violó a su hermana; tres caníbales que se comen entre ellos; un hombre que controla sus sueños y algunas historias más. El libro, en sí mismo, no tenía nada de extraño. Solo eran eso: cuentos. El último, sin embargo, comenzaba con una frase que me impactó de inmediato: «El Shaddai ha muerto».

Leí esa línea y mis pensamientos se alejaron por unos instantes de los asesinatos y la música. Seguí leyendo con verdadero interés. Mirlo presentó la historia como un documento histórico escrito por el antropólogo Roger Garrido, en el que describía sus hallazgos luego de encontrar la tumba de El Shaddai.

La frase completa era «El Shaddai ha muerto. ¿Esto cómo es posible? El tiempo es el peor enemigo de todos, incluso de los dioses. Ellos también envejecen, mueren y su cadáver se pudre». La pregunta que Mirlo buscaba responder era: ¿Cómo murió? Para eso, decía él, había que entender el sistema político de los dioses.

No voy a negar que me reí con esa idea. Luego, cuando mencionó a Zeus, a quien sentía tan alejado y fantasioso, pensé que estaba leyendo un cuento de hadas mal escrito. Sin embargo, mi curiosidad me ganó y continué. Zeus, decía el libro, fue el primer gobernante universal, luego de derrocar a los Titanes. Dirigió con cierta equidad y, aunque gustaba de las mujeres y las tomaba por la fuerza, no fue un mal patriarca. Les dio potestad a otros dioses para gobernar. Entre sus hermanos, repartió el mar y el inframundo, y la tierra la dividió en pequeños feudos a los que delegó su gobierno.

La región escandinava quedó bajo el dominio de Odín, quien gobernó junto a Thor, Freyja y Loki, formando el consejo de Asgard. En la India, el poder fue entregado a Indra, acompañado por Vishnu, Shiva y Agni. En la vasta región eslava, Perún fue designado como regente, con Svarog y Veles a su lado. Norteamérica quedó en manos de los espíritus creadores Coyote, Manabozho y Cuervo, quienes protegieron a las tribus con su sabiduría.

En Mesoamérica, el poder lo ejercieron inicialmente Hunab Ku e Itzamná, pero con el tiempo Tezcatlipoca, Quetzalcóatl y Huitzilopochtli tomaron su lugar. En los Andes y el altiplano sudamericano, Viracocha estableció su dominio

junto a Inti y Pachamama, mientras que más al norte, en la región de los Muiscas, Bochica enseñó a su pueblo la justicia y el conocimiento. En el extremo sur, los guaraníes y mapuches estuvieron bajo la guía de Angatupyry y Antü.

Egipto fue gobernado por Ra, Osiris e Isis, quienes establecieron el equilibrio del cosmos. En la península arábiga, el poder recayó sobre Hubal, Al-Lat y Manat, dioses antiguos de la región antes de la llegada de El Shaddai. En China, el mandato quedó en manos del Emperador de Jade, acompañado por Guan Yu y Nuwa, quienes guiaron a la humanidad con orden y sabiduría. Así, más de dos mil dioses gobernaron el mundo en su momento, manteniendo un frágil equilibrio sin grandes conflictos entre ellos.

Miré a Cristian con la cabeza embotada. Tantos dioses y nombres me tenían confundido. Él estaba de espaldas a mí, con sus audífonos puestos, mientras trabajaba en las notas. Pensé que, aunque bastante extraño, aquello era una forma interesante de explicar la diversidad de mitologías en el mundo. Pero ¿qué me interesaba eso a mí en ese momento, justo cuando peor me sentía y las dudas me embargaban? Quizá, pienso ahora, aquello me sirvió como un escape de la realidad. Mi mente necesitaba un descanso y distraerse con otras cosas.

Después se explicaba que, cuando envejeció, Zeus renunció a su trono y que los dioses eligieron a Hermes como su sucesor. Fue un debate intenso entre los que lo querían a él y los que apoyaban a El Shaddai, a quien consideraban «eternamente bondadoso». El caso fue que, a pesar de la victoria de Hermes, El Shaddai asumió el poder al poco tiempo. Hermes renunció al trono, alegó que se sentía incapaz de gobernar. Esto pareció muy extraño a los dioses, aunque aceptaron su renuncia, y creyeron que algo oscuro se escondía.

Los que apoyaron a El Shaddai se arrepintieron pronto. En su discurso al aceptar el cargo, se llamó a sí mismo «el

único», «el verdadero», «el todopoderoso». También avisó de sus verdaderas intenciones: despojó a los demás dioses de la potestad que tenían sobre sus territorios, prohibió a los seres humanos que adoraran a otros que no fueran a él y explicó que «solo El Shaddai debía ser llamado Dios». Como los seres humanos se resistían, envió a su hijo con la misión de conformar un ejército y comenzar una Guerra Santa. Fue una larga conquista, que acabó con el dominio de Europa, América, gran parte de África y Asia.

Mientras leía eso, pensé, como broma, que los dioses eran muy parecidos a nosotros. Al menos en cuestiones políticas. ¿Acaso aquello era una alegoría de los políticos que se consideran los salvadores y que, cuando finalmente son elegidos, terminan siendo peor que la enfermedad? En ese instante, luego de reflexionar un poco sobre eso, alcé la mirada. Cristian volteó a verme con una sonrisa.

«Voy bien, maestro —dijo—. Pronto acabaré». Qué extraño era estar pensando en política y en dioses antiguos, mientras delante de mí se gestaba la mayor pieza musical de todos los tiempos. Creía en Dios, claro que sí, pero esa historia era pura fantasía. No le respondí a Cristian, igual no me hubiera escuchado, y continué con la lectura.

La resistencia ante la Guerra Santa fue brutal. La opresión fue peor. Millones de personas murieron y cientos de miles se convirtieron por la fuerza. Esto, junto con las constantes amenazas de El Shaddai a los demás dioses, generó un descontento global que pronto acabaría en una rebelión. Xukembé, hijo de Bochica, se puso en la cabeza del ejército que combatiría contra el régimen en la que se llamaría después «La guerra de la Traición».

El ejército de Xukembé se levantó en armas contra el ejército de El Shaddai, quien delegó a Mikaiyáh como jefe militar en una sanguinaria guerra en la que murieron miles de dioses. Combatieron durante casi un siglo. El ejército de

Xukembé disminuía más de lo que lo hacía el de El Shaddai. Ante la desesperación, Akera salió de su escondite. Era un acérrimo enemigo de Xukembé, su hermano, pero compartían el odio por El Shaddai. Mikaiyáh pensó que ya era hora de darle fin a tan inútil guerra y reunió a todo su ejército en el valle del monte Tabor. Casi triplicaban en número al ejército de Xukembé.

Tomé aire. Eran tantos dioses, tantos nombres difíciles de pronunciar, tan extraños, que me perdí entre ellos. Leí de nuevo. En resumen, pensé en un intento de comprender la historia, el comandante se cansó de la guerra y quiso dar un último golpe con todo su ejército. Revisé la historia otra vez. Así era. También pensé, como pregunta sin importancia, si no había escuchado antes el nombre de Akera. Sí, pero ¿dónde?

La batalla comenzó. Akera, que lo veía todo desde la cima del Tabor, era testigo de cómo morían sus compañeros y cómo el ejército menguaba a una velocidad alarmante. Sacó su lira e interpretó una canción, según dicen, sencilla. Era tan hermosa que los guerreros soltaron de inmediato sus armas y se sentaron en el suelo a escuchar completa la melodía. Nadie se atrevió a hacer ningún ruido. Después de mucho tiempo, hubo tranquilidad y silencio. Era lo más hermoso que habían escuchado jamás.

Esto último me aceleró el corazón. Tuvo que ser una coincidencia muy grande que, justo en ese instante, se hablara de música, y no de cualquiera, sino de la más majestuosa de todas. Sentí, como si la idea fuera inevitable, que había alguna conexión entre esa pieza y la mía.

La música terminó con un ímpetu tal que los dioses, conmovidos, decidieron terminar la batalla. Mikaiyáh miró a sus guerreros y les dijo: «Alguien que interprete algo tan hermoso no puede ser nunca nuestro enemigo. ¡Arriba, Akera!».

El ejército se sublevó contra El Shaddai y le cortaron la cabeza. No pudo resucitar esa vez. Le pidieron a Akera que se erigiera como nuevo gobernante, pero se rehusó. Dijo que, aunque se sentía halagado, no era un cargo al que aspirara. Propuso, para sorpresa de todos, a Xukembé.

Aunque la nueva elección no estuvo exenta de disputas, la mayoría aceptaron la propuesta de Akera. Consideraron que Xukembé había dirigido con sabiduría y justicia al ejército durante la guerra. Además, resaltaron su valentía al asumir el *rol* de líder. A día de hoy, Xukembé gobierna en silencio.

Es posible que todas las emociones intensas que había experimentado ese día me tuvieran en un estado de confusión que me cuesta explicar. Releí la última parte y me convencí de que mi pieza musical era la misma que Akera había interpretado. No era posible que hubiera «dos obras más bellas de todas», tenían que ser las mismas. Eso explicaba, por ejemplo, que la muerte fuera la única manera de interpretar sus notas.

Era música divina, música de los dioses, fue muy claro para mí, así que no podía ser interpretada por simples mortales. Al morir, dejamos de ser mortales, y es justo en el instante previo que estamos aquí y allá, que somos y no somos humanos, hacemos y no hacemos parte del mundo divino. Cristian también dijo, al oír solo algunas notas, que era lo más hermoso que había escuchado. Eso me lo confirmó. Si una pieza era lo suficientemente majestuosa como para detener una guerra, esa era la mía.

Luego, me llegaron preguntas que me costaron responder. La obra, entonces, ¿ya existía? ¿Yo fui solo un instrumento?, ¿un títere de un dios para interpretarla? ¿Con qué propósito? Me negaba a ello y me dolía pensar en esa posibilidad. ¡Imposible! Yo la compuse, es mi letra, fue mi ingenio. Pero ¿de dónde saqué esos símbolos imposibles? Era verdad.

Yo, un fracasado, no hubiera podido componer semejante obra maestra.

Levanté la mirada mientras reflexionaba. Cristian me daba la espalda. Usaba mi computador y trabajaba en el piano. Entonces, me pregunté: «¿Seré digno realmente de interpretarla?». Y después: «¿Podré llamarme su compositor cuando la presente al mundo?». Recorrí la habitación con la mirada, rápido, en un acto de desesperación. Negaba que mi destino fuera tan cruel. Entonces, con el rabillo del ojo, la vi.

La botella se asomaba curiosa detrás de una silla junto al baño. Mi corazón se aceleró. No era posible. El vino, mi vino, lo había dejado en Manizales. En medio de todo, no recordé su existencia y, por lo mismo, no lo empaqué para el viaje. ¿Acaso lo hizo Cristian? Miré su morral. Estaba intacto. «No pudo ser él», pensé. Me levanté despacio. Caminé hasta la botella, intenté no llamar la atención de mi estudiante —¿todavía lo era?—. Tomé la botella y me encerré en el baño. Me sentí como un ladrón que teme ser descubierto o como un niño que comete una travesura que sabe que está mal.

No había duda: era mi vino. El vidrio era grueso y verduoso, el corcho viejo a medio poner, y sin ninguna señal de marca, tipo de uva ni lugar de fabricación. Quedaba poco contenido, apenas lo suficiente para llenar media copa. Lo olí fascinado. Lo saboreé. Delicioso. No me pude controlar. Tomé el resto directamente de la botella y de un solo sorbo. «Qué lástima —pensé— que se haya acabado».

Tampoco le di a Cristian, que se lo merecía. Me había ayudado muchísimo en la interpretación de mi obra. Sí, mi obra. Qué pensamientos tan estúpidos tuve. El crédito por su composición era únicamente mío. Solo fue un momento de debilidad en el que me dejé afectar por un tonto cuento de hadas.

A Cristian le daría crédito en la interpretación, claro que sí, sobre todo en la nota final. Lo entendí con una claridad que me abrumó: Cristian era el único que podía interpretar

Ex Mayor. Era obvio. Se necesitaba morir en el mayor estado posible de éxtasis. ¿Quién estaría feliz por perder la vida? Solo el que sabe que su muerte es el principal medio para lograr un fin muy grande. Para el fin más grande de todos. El mayor. El máximo. El fin último.

Me acerqué a él.

—¿Cómo van los arreglos? —pregunté.

—Ya terminé, maestro —respondió—. Estas seis teclas —las señaló—, son las seis notas. Esta es Mo; esta, De; Su, An, Me y Lam. —Me las mostró una por una sin presionarlas—. Esta última está reservada para Ex Mayor.

Lo felicité por el trabajo hecho. Puse mi celular sobre el piano sin que él se diera cuenta de que estaba grabando y le pedí que se levantara.

—Quédate aquí a mi lado —le dije—. Vamos a interpretar la obra.

—Maestro —dijo con alegría desbordante—, ¿lo dice en serio?

—Claro que sí —respondí—. Aun sin la última nota, la obra es demasiado bella como para recibir el perdón mundial. Ya nos encargaremos luego de Ex Mayor.

Cristian se puso de pie detrás de mí. Me senté en el piano. Estaba tan tranquilo que aquello me sorprendió. La calma que sentía en mi pecho me recordó a mamá cuando me abrazaba y me apretaba contra su corazón. Organicé las partituras. Me acomodé con la espalda recta y la mirada al frente.

Cristian, tras de mí, esperaba impaciente. Toqué el primer acorde, un Do menor séptima; luego, un Fa sostenido disminuido. Después, sonó Mo. La habitación vibró con la música. El recuerdo de Marcela me invadió y el sentimiento de la muerte, tan bello como es, me recorrió todo el cuerpo. Luego, fue De y sentí la gran decepción de Lorena cuando se cae un ídolo, cuando se conoce al verdadero monstruo que hay detrás de la persona que uno ama.

Sonó Lam y, con él, se escucharon los lamentos de Luis que perdió parte de su vida tras la mujer que no le correspondía. Con Su, un escalofrío me recorrió el cuerpo. Sentí deseos de llorar y viví, junto con el recuerdo de Gabriel, el sufrimiento de una noche eterna con el dolor más insoportable. La música continuaba y yo, pese a agitarme con las emociones intensas, no podía detenerme. Una especie de adrenalina me invadió. Con An, entendí la angustia de la muerte, no por la muerte en sí misma, sino por saber que se deja huérfano a un bebé en casa. Me angustió su paradero. ¿Lo habrán encontrado? ¿Habrá muerto de hambre o se lo habrá comido un perro? El sentimiento es peor cuando es el propio hijo el que queda desamparado. Por último, Me. Sentí la melancolía de Arturo, el recuerdo de la mujer amada y la añoranza de tenerla de nuevo a su lado. No hay nada más triste que ser abandonado por el amor. Hubo otro acorde básico, luego otros.

Era el turno de Ex Mayor. Era el turno de Cristian. Como yo, estaba en medio de una vorágine de emociones que nos tenía extasiados. La felicidad, si es que tal cosa existe, era casi absoluta. Al menos, era lo más cercano que alguien jamás hubiera podido estar de ella. Penúltimo acorde. Respiré. Agarré el cuchillo que tenía escondido entre las piernas. ¿Cuándo había empezado a llover y a hacer tanto frío? Volteé hacia Cristian. Rápido. Lo miré a la cara. Nunca hubiera olvidado esa mirada. Los ojos bien abiertos y una sonrisa que mostraba sus dientes, blancos, completos. Era... ¡No podía ser! ¡Cristian era el hombre de la finca cafetera! ¿Cómo no me di cuenta antes? Con el pelo recogido era más que claro. Quedé paralizado. Supe que, aunque corriera entre las matas de café y me alejara todo lo posible, al final me alcanzaría. Al final, me alcanzó. Sentí la hoja de metal atravesando mi pecho y di un último gemido en Ex Mayor.

MAQUETADO



Gracias por haber escogido este libro de la
Editorial Alas de Cuervo

Esperamos que la lectura le haya complacido.
Puede encontrarnos en Facebook como **@alasdecuervo-
terror** y en Instagram como **@alasdecuervo_terror**.

Allí podrá descubrir reseñas,
convocatorias literarias, autores, libros, etc.
Esperamos pronto estar de nuevo en su compañía
para conocer nuevos personajes y universos.

Equipo Editorial Alas de Cuervo
www.alasdecuervo.com

OTROS DE NUESTROS TÍTULOS

